

Año XXXII.

Madrid, Jueves 23 de Mayo de 1912.

Núm. 21.

Distracción subsanada

El domingo publicó *El País* esta carta que yo le había enviado:

«Querido amigo Castrovido: Tuve una distracción, que lamenté, al invitar á la reunión que se celebrará el día 26 en casa de Pérez Galdós: olvidarme de los federales. Y como *EL MOTÍN* no sale hasta el jueves, ruego á usted que inserte estos renglones en *El País* para que Blasco Grajales sepa con tiempo que él es el invitado.

Luis Zulueta me ha hecho saber que está enfermo hace dos meses y que no podrá asistir. Y como ignoro qué individuos pertenecen al organismo directivo de su fracción, suplico á éste que elija el que ha de representarlo.

Aprovecho la ocasión para dar á usted las gracias por haberse ocupado de mi iniciativa, y sentiría mucho que se confirmara su sospecha de que la reunión no ha de verificarse, por las graves é inmediatas consecuencias que para el republicanismo traería.

Siempre suyo afmo. amigo y compañero. J. N.»

Gracias por la inserción.

A mis amigos

Dispénsenme el que no publique ninguna de las cartas que me escriben estos días con motivo de la iniciativa que he tomado. Sobre ser muchas, se me elogia en ellas demasiado, y parecería que trataba de dar al público una noticia que ya sabe que tengo muy buenos amigos.

Que resulte lo que en mi artículo indiqué... Esto es lo único importante.

¡No, no y no!

Por más que algunos lo sospechen y otros lo digan, yo no creo, yo no puedo creer, yo no quiero creer que en estos momentos terribles y decisivos, ante la guerra que desangra á España, la miseria que la aniquila, la emigración que la despuebla, la administración que la saquea y la indiferencia que la envilece, haya, no digo ocho ó diez republicanos, *uno siquiera*, que no esté dispuesto á pasar por el encerrado de nuestras discordias la esponja del olvido, para dejarlo limpio y poder escribir en él luego: LIBERTAD, PAN, CULTURA.

Porque si lo creyese, ó llegara solamente á sospecharlo, yo rompería esta pluma que siempre estuvo al servicio

de la República, y me retiraría á un rincón ignorado á orar en silencio la vergüenza de haber convivido políticamente con hombres de espíritu tan estrecho, que ni supieron sustraerse á la influencia de ambiciones mezquinas, ni elevar su corazón sobre pequeños agravios.

Pero no temo que tal ocurra. Los que han dicho que es *imposible* que se entiendan y se unan los hombres que he invitado á reunirse en casa del señor Pérez Galdós el día 26 del actual, no se han fijado en que, si hasta hoy pudo parecer *imposible*, desde hoy no debe parecerlo. El anuncio de la próxima vuelta de Maura, retornándolos á la realidad, hará que todos acudan presurosos á depositar en el altar de la Patria su ofrenda, descargándose así del peso de rivalidades nimias y odios minúsculos.

La palabra *imposible* jamás figuró en el vocabulario del hombre de voluntad: querer es poder. Y como todos los indicados quieren que la República venga, podría ofenderlos hasta la suposición de que no acudirán ni se entenderán.

Y voy más lejos. Creo que todos anhelaban una ocasión para unirse á los demás, pero no se atrevían á provocarla, ya por no contradecir afirmaciones anteriores, ya por miedo á que se sospechara que lo hacían en provecho propio. No querían llamar por temor á que no les abrieran, pero acudirán seguramente ahora que son llamados. Y no sólo por amor á la República, sino porque esta invitación les facilita el medio de salir airoso del atolladero en que se encuentran individualmente metidos, y que los conduciría, tarde ó temprano, al desprestigio absoluto. De aquí mi empeño en que se reúnan.

Y persiguiendo todos igual fin y yendo con buen deseo, ¿cómo no han de entenderse, y más ahora que acaban de ver unidos en el Congreso para defender la Monarquía, á los Canalejas, los Moret, los Maura, los Urzaiz, que se odian entrañablemente? Esto aparte de que en política hay que olvidar y perder mucho, como varias veces he repetido; y hallándonos todos necesitados de perdón y de olvido, en más ó en menos, ¿cómo negarnos ninguno á conceder á los demás lo que necesitamos que nos concedan, sobre todo sabiendo que la idea republicana saldrá beneficiada con ello?

Tengo además otra razón para no creer *imposible* la unión de todos los prohombres: la de que ninguno de ellos desea anularse en política. Y se anularían necesariamente si se negaran

á satisfacer este deseo del Pueblo republicano, tantas veces y en tan diversas formas expresado, y con tanta constancia y tanta justicia pedido; razón que influye en mi juicio tanto como las anteriores. Y todos esos hombres tienen bastante talento para no comprender que desde el día 26 cambiará la faz del republicanismo; en bien de España, si acuden y se entienden; en mal de ellos, si dejan de acudir, ó acudiendo no se conciertan. Porque creer que va á continuar todo como hasta aquí, ¡ah! esto no puede creerlo ninguno, porque esto sí que es *imposible*.

Y es *imposible*, porque si no se entendieran, el Pueblo, que está cansado ya de palabrería infecunda, de promesas incumplidas, de partiditos de Andorra, de manifiestos sin enjundia, de desplantes ridículos, les recordaría á cada instante lo que han hecho y lo que han dejado de hacer; y dejaría de acudir á las urnas para elevar hombres que ni en los municipios se distinguen de los monárquicos que medran, ni en el Parlamento superan á los monárquicos que atacan; que por torpeza fortalecen á los gobiernos unas veces, y otras dan pretexto á la opinión para que los califique de republicanos de Canalejas ó republicanos de Maura; que no logran impedir la guerra, después de asegurar que no la habría, ni que se derogue la ley de jurisdicciones, ni que se ponga coto á las demasías del clericalismo; que nos restan simpatías en todas partes, en el ejército principalmente, sin aumentarlas en la masa popular. Y dígaseme qué hombre, aunque valiera cien veces más que el que más valga, conservaría incólume su prestigio ante esa avalancha de cargos.

Por todo lo dicho, yo no considero *posible* que esa reunión sea *imposible*, y menos todavía que deje de producir los frutos apetecidos; al contrario, creo que de ella saldrá el republicanismo con tal vigor y tal fuerza, que entusiasme á los animosos y anime á los retraídos, haga pensar á los indiferentes y decida á los vacilantes: así acabarán los pesimismos enervadores, renacerán las esperanzas muertas, y entraremos, por fin, en un periodo de acción reposada y constante, que contraste con este de actividad ardulesca, de gritos que no repercuten, de sacrificios aislados...

Todos unos en el pensamiento, unos en la preparación, unos en la acción, y la obra se realizará... Y lo que no tengamos, vendrá á nosotros... Y lo que necesitemos, nos será dado... Y volveremos á ser una esperanza para la Es-

peña que hoy sólo ve en nosotros un peligro...

Mas si desgraciadamente yo me equivocaré; si tuvieran razón los que juzgan imposible que las eminencias visibles del republicani: mo se entiendan y concierten, er tonces...

Entonces seguiré sosteniendo que la salvación de España está en la República. Pero le diré al Pueblo:

•Si hay algo más despreciable que el verdugo, es su ayudante. Derriba esos ídolos que has levantado y sostenido, si no quieres resultar inferior á ellos. Y pues la fuerza está en tí, pide á hombres nuevos lo que ellos no supieron ó no quisieron darte. ¿Lo haces? Serás digno de tí. ¿No lo haces? Serás digno de ellos. Y se dirá: El Pueblo republicano tiene los directores que merece.

Mas hago mal en hablar así, partiendo de dos hipótesis falsas: que los invitados dejen de acudir ó no se entiendan, y que el pueblo lo cumpla con su deber en todo caso.

Y por esto voy á poner punto aquí.

JOSÉ NAKENS

Digamos la Verdad

Para los que están seguros de tener razón, la crítica ó el elogio son cosas subalternas que apenas merecen un comentario.

Un hombre que sabe que obrando en una forma determinada, nacida de su convicción, conseguirá beneficiar la idea que defiende, debe lanzarse resueltamente hacia su fin, sin calcular las censuras á que puede dar lugar con su actitud, ni rehuir el desprestigio pasajero que le acecha.

Tener razón contra todo y contra todos, ver el porvenir, descubrir en las tinieblas el lugar de donde arrancarán los caminos que mañana surcará la caravana, y afirmar su fe y comprometerse personalmente, y dar la cara sin ambajes, no son tampoco cosas extraordinarias y heroicas. Son simples deberes comunes á todos los que trabajan en favor de un ideal y no de un encumbramiento.

Para ser sinceros ante nosotros mismos, debemos afirmar siempre nuestra opinión lealmente, sin pasar revista antes de hablar á las caras de los que nos rodean; en completa independencia de carácter, como hombres plenos. Los comentarios que provoca nuestra actitud, son la polvareda que levanta el corcel impetuoso al devorar las distancias.

MANUEL UGARTE

UN NUEVO PARTIDO

Querido Nakens:

Permítame echar un cuarto á espadas sobre eso de los partidos republicanos. Supone usted que cuando se forma un nuevo partido no aumentan los republicanos, sino que simplemente se opera un trasiego.

Está usted en un error. Aumenta con-

siderablemente el número de republicanos... que se retiran á sus casas, doloridos y asqueados. Y aumenta en tales proporciones, que no desespero de ver pronto á los gobiernos de la monarquía nombrar diputados republicanos de R. O., para tener quien les haga el juego.

Sin embargo, yo que pienso así, me atrevo á sugerir la idea de un nuevo partido republicano. Por uno más, poco se ha de perder.

El nuevo partido se llamará, á secas: Partido Republicano

Programa.—Artículo único: Traer la República.

Disposición transitoria: No podrá pertenecer á él ninguno de los republicanos que sea ó haya sido jefe de partido ó grupo.

Y puesto un ojo de la cara á que al poco tiempo de formarse ese partido, quedaría unificado el republicanismo español y sumados á él todos los elementos patrióticos y progresivos que hoy están metidos en casa, desesperando, ó poco menos, de la regeneración de este pobre país.

Y cuando otra cosa no, ese partido produciría la inapreciable ventaja de establecer una línea divisoria entre los republicanos que lo son únicamente para hacer una patria donde haya justicia, libertad y progreso, y los que lo son para vivir hoy de la Monarquía y mañana de la República.

Ahora, tiene usted la palabra.

UNO DE TANTOS

A ma'a hora llega usted, amigo Uno de tantos, para que yo analice ó comente el proyecto que me expone. Hasta no ver en lo que queda la reunión de los jefes el día 26, no quiero ni debo ocuparme de política.

Pero lo tendré en cuenta si la reunión no se celebrase, ó no se entendieran los que se reuniesen.

A emigrar tocan

Navarro Reverter, el de los presupuestos traviesos, según Cánovas, el vado ya á la categoría de ilustre hacendista (porque aquí en España se llama ilustre a cualquier), rige en estos momentos la Hacienda nacional. Fué presidente de la comisión encargada de estudiar la supresión de los Consumos, es decir, de abaratar la vida.

Ministro ahora, en cuanto ha puesto mano en los presupuestos, lo primero que se le ha ocurrido es aumentar los derechos arancelarios del café, cacao y té, que ya eran elevadísimos, y aumentar también enormemente los derechos de consumo de la sal. Todo para que los españoles se alimenten bien y barato.

A este paso, dentro de cuatro ó seis años no quedarán en España más que estas dos clases igualmente repectables: los ahorcados y los que merecen serlo; es decir, ladrones y clericales.

Y aunque no viene á cuento, acude en este instante á mi memoria el comienzo de aquel célebre soneto del conde de Villamediana:

«Doce cornudos, digo, comediantes,
que dix que todo es uno.»

EL DERECHO DE CONQUISTA

Por una de esas inmensas propiedades que los opulentos lores ingleses poseen en las Islas Británicas, pasaba un infeliz merdigo, utilizando aquellos terrenos como atajo que acortara en un par de kilómetros la larga caminata que tenía en perspectiva.

No hacía mucho tiempo que se había internado en los prados señoriales, cuando el duque de Equis, (el nombre es lo de menos), que por allí pasaba, se acercó al vagabundo, entablándose el siguiente diálogo:

—¡Eh, tú! ¿A dónde vas por ahí?

—Señor, tengo una buena jornada delante de mí, y voy atajando camino.

—Pero estos terrenos no son tuyos, y, por consiguiente, no tienes derecho á andar por ellos.

—Señor, si yo no pudiera andar sino por mis terrenos, tendría que volar por el aire constantemente; no poseo ni un centímetro cuadrado de tierra.

—Pues largo de aquí; esto es propiedad del duque de Equis, y ese soy yo. Y aquí mando yo.

—Y dígame el señor duque. ¿Cómo es que todas estas tierras son de vuestro?

—Por que las heredé de mi padre.

—Y su padre ¿cómo las tuvo?

—Por que las heredó de mi abuelo.

—¿Y su abuelo?

—Por que las heredó de mis antepasados.

—Bien; ¿y esos antepasados de vuestro?

—Eso: las obtuvieron peleando.

—¡Perfectamente!—exclamó el vagabundo al tiempo que se quitaba la chaqueta, se remangaba la haraganta camisa y cerraba los puños, poniéndose en guardia de boxeo—Yo estoy como sus antepasados; no tengo ni un puñado de tierra; prepárese el señor duque, que me parece que voy á conquistar un buen pedazo de terreno, peleando como sus abuelos.

FEZ

Según el *Local Anzeiger*, el profesor Payn ha obtenido por medio de una operación quirúrgica la curación de la idiotez, transplantando en un niño idiota una porción de glándula tiroide extraída de un sujeto sano.

Puesto doble contra sencillo, á que si viene á España y trata de curar á un *luis* ó á un *koski*, fracasa ese profesor alemán.

Es mucha la cantidad de idiotez que les adorna.

Los políticos del régimen

Por el Congreso anda agitándose una comisión para obtener la construcción del ferrocarril de Córdoba á Puertollano. Es muy justa la demanda y de indudable necesidad y utilidad la línea, que acortaría considerablemente la distancia entre Madrid y Cádiz.

Si se hubiera cumplido la ley, esa línea estaría construída hace tiempo. Una Sociedad que se formó con el nombre de Compañía del Ferro-Carril de Ciudad Real obtuvo la concesión y depositó la fianza correspondiente; pero la Empresa del Mediodía, á la cual sin duda perjudicaba la otra línea, adquirió la concesión y dejó pasar años y años sin hacer nada, hasta que tuvo la fortuna de encontrar un ministro conservador, Allendesalazar, quien, á pesar de los informes contrarios del expediente, decretó la caducidad de la concesión y... el colmo! la devolución de la fianza.

Con razón dijo Maui: ¡Nosotros somos nosotros!

San Ignacio cuando no era Ignacio ni era santo

EL NOMBRE DE «JESUS»

EN LA COMPAÑÍA DE JUDAS

(Conclusión)

«JESÚS», CONSIGNA CARCELARIA

Estamos en 1532 fecha en que Ignacio escribe desde París á su hermano revelando por vez primera su paradero desde que desapareció de las cárceles de la Inquisición Española.

Los inquisidores de Toledo están desesperados: el secreto inquisitorial sin el cual la justicia criminal y los crimenes de la Justicia no pueden vivir tranquilos, resulta una flia: las audiencias secretas, se hacen públicas como si se tuviesen en la plaza de Zocodover: los alumbrados, por más rigor que se adopta en su incommunicación, saben todo lo que ocurre fuera, y aun reciben noticias de Italia, de Francia, de Alemania y de la corte: saben lo que pasa en las otras inquisiciones, y aun lo que piensa y trata el Consejo Supremo: aquello es desesperante. Tal arte parece cosa del diablo. Sólo con los «alumbrados» ha ocurrido tal desbrar justo.

La Inquisición decide extremar el olfato canino y la vigilancia: pero, ciertamente, no saben por dónde comenzar. Los cuatro inquisidores se miran uno á otro como preguntándose si es el otro el traidor: los inquisidores á los secretarios: éstos y aquéllos á los escribientes: todos, á los mezos y alcaides: nadie se fía de su sombra: nadie sabe á qué atenerse.

La Inquisición aprueba sus órdenes de espionaje á los empleados, y manda abrir un Libro especial intitulado «Cuaderno de diligencias y avisos de cárcel» que ¡ay! ha desaparecido para tormento de los jesuitas y para ellos; pero no ha

desaparecido para nosotros, que vamos á hojear sus curiosidades.

Dariamente desfilan ante el Secretario encargado de llevar este precioso libro, los empleados de la cárcel, desde el alcaide al barrendero: unos se espían á otros y todos juntos espían á los presos, que realmente son de excelente calidad.

Hállanse allí la Beata Francisca, el beato Medrano, Fray Tovar, Gaspar de Lucena, María de Cazalla, Doña Mencía de Mendaza nada menos, Doña Catalina Figueredo, Doña Catalina Meléndez, y otra porción de gentes principales cuyas fincas y dineros secuestrados vale una millonada, sobre la cual están echando ya las cuentas los lobos y los bezos del Santo Oficio. Los inquisidores pensando en sus amas exigentes y en las gualdrapas de los caballos; el receptor pensando en poder tapar el desfaleo en que va á ser pillado; el alguacil, pensando en la dote de su hija, que está rabiosa de su soltería y el novio no tiene cama. Como quiera que todo se divulga, no hay manera de pillar en contradicción á los reos justificando los tormentos, ni se puede llevar á colmo un proceso: todo está parado; los oficiales se desesperan, y se recelan y se espían.

Por fin, en el Cuaderno de cárceles comienzan á caer datos: un mozo ha pillado á otro hablando quedo con Gaspar Lucera, que bajaba la escalera según el mozo estaba barriendo. Al Alcaide diéronle al hocico ciertos cucuruchos en que el secretario del Arzobispo enviaba pasas á su hermano preso: deshechos los cucuruchos, mirados y remirados y calentados, se descubrió el ajo: estaban escritos con zumo de naranja, en invierno; de limón, en verano; y así se comunicaban el secretario y su hermano.

Por este hilo se sacó un gran ovillo y aun toda una red de confidencias secretas (1).

El cuñado de María Cazalla, Pedro Rueda, clérigo de Guadalajara, había sobornado al Alcaide, á su mujer, y á sus hijas... Otro había sobornado á otros; el arzobispo á otros; en fin: que entonces como ahora, las puertas de las cárceles se abrían á cualquiera que llevase llave de plata, y si no de oro, y si no de diamantes.

Creflan los inquisidores haber cortado ya todos los hilos, y, sin embargo, todo se sabía, de dentro á fuera, y de fuera adentro. Reforzóse el espionaje y resultó lo siguiente.

Andaba por Toledo (entonces ciudad de más barullo que ahora) un rapazuelo cuyo nombre va á hacer pegar un salto al Padre Fitz: Juanico... sí, señores, Juanico... tal y como suena... ¡Juanico...

(1) Uno de los mezos estaba vendiendo á María de Cazalla, que le había prometido casarse con su criada, moza gentil que servía á su ama en la cárcel. Otro mozo se había vuelto loco por la Beata Francisca y por toda la cuadrilla: era el encargado de cerrar las celdas y lo hacía á las mil maravillas, cerrándolas al barruntar la visita de los inquisidores, y abriéndolas el resto del día y sobre todo de la noche, cuyas noches carcelarias á fe que debían ser deliciosas por demás, según los lios que fueron cayendo en el Cuaderno de Cárcel: frailes con beatas, mezos con mezos, revueltos los presos moriscos con los místicos alumbrados, con los judíos y con los blasfemos; en fin, un cielo carcelario.

se llamaba y andaba por Toledo; travióse él, casado él. digno de figurar en cualquiera cuadrilla maleante ó contra-maleante.

Juanico era un muchacho reservado, aunque al parecer distraído; cauteloso, aunque al parecer abandonado; de trastienda, aunque con cara de irreflexivo.

Conocía todas las entradas y salidas de las cárceles de la Inquisición; las ventanas vecinas que daban á sus ventanas; un diccionario de señas y contraseñas, y todo el arte de la estrategia carcelaria.

Con la cautela del osso, rondaba las tapias y era espionado, sin darse cuenta, por un espía tan listo como él. Fué á parar al corral al cual daba una ventana de la cárcel, con fuerte reja, y alta, muy alta... Escalar á era cosa riesgada y además inútil. Miró... ojeó... simuló ciertos menesteres para excusar aquella ronda, y tosió, y dijo con voz clara, que choró al espía:

—¡Jesús!

Y esperó un rato.

Oyó el espía otra vez, al parecer distinta, respondiendo como eco al primer grito:

—¡Jesús!

Y después de otro rato, caía de la ventana hacia fuera un papel y otro pasaba hacia dentro.

—¡Jesús!—decía Juanico una vez cogido el mensaje.

—¡Jesús!—respondíale desde adentro el eco: y ya no había duda: era una voz de adentro.

Al espía, con el descubrimiento, le da fiebre de contárselo al Inquisidor: era un excelente servicio policíaco. Pero había de contenerse: había de averiguar quién era este mozo, si estudiante o golfo, si vuelto ó si acompañando. Siguió la pista y averiguó que le llamaban Juanico. Con esta noticia va al Inquisidor: buscan al inquilino á quien correspondía la ventana: era el Capitán General de los Alumbrados, Broys Bernardino de Tovar, jefe de Iñigo, de Egüía y demás compañeros.

El Nombre de Jesús era la «contraseña» para signficarse: está y solo: estamos en confianza...

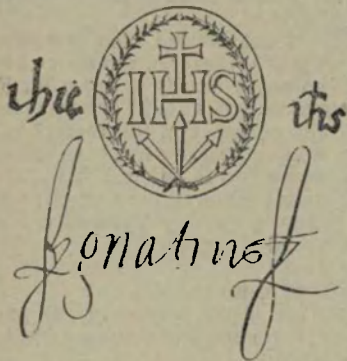
Tenemos, pues, la consigna de los «alumbrados», como si dijéramos, la marca de fábrica, el hábito profesional y el antifaz.

EL «IHS» EN LA RIOJA

Transportándose á Navarrete, ocurre entonces del Duque de Nájera el 11 de Diciembre de 1526 (fecha en que Ignacio merceda por tierras de la Alcarria y que no dejará de visitar la Rioja, teatro de sus hazañas militares), encontramos en la calle al rotario Pedro Puertolas, que con el alguacil Viana y con el tono y majestad que el acto requiere, penetran misteriosamente en una casa levantando sota de oranto van notando. Tomada nota de la entrada y habitaciones del piso bajo, suben la escalera con la misma tibia y circunspcción. El notario va escribiendo: «en la entrada de la calle dos cruces hechas de yeso, de coño y medio de largura:» cruces y más cruces en las paredes y en los encerrados de las ventanas... cruces hechas con yeso blanco sobre los fondos negros, y hechas de negro sobre los fondos blancos de encerrados y de paredes... «á la puerta de otra cá-

mara, otra cruz negra con dos azotes y un clavo... «En otra camarilla, una imagen de Nuestra Señora, y encima una cruz y en medio de ellas un Jesús á manera de rodela... Dormitorio, «una cruz negra de palmo y medio, dos azotes, y señal de tres clavos y una plaga (llaga) al pie de la Cruz.

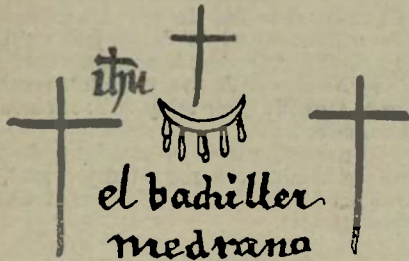
Ahí tenemos, pues, todos los elementos del escudo de Ignacio: la rodela ú orla de palmas, formando corona al IHS y los tres clavos.



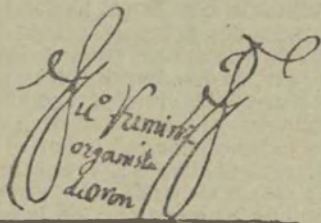
Inscripción de las cartas de San Ignacio, del sello y firma. (Cartas, tomo I, portada y pág. 419.)

Esta casa debe ser conocida de Ignacio; ha debido frecuentarla; quizás fuera su posada de Nájera. Es la casa de su pariente, el gran místico y el famoso Santo, Bachiller Antonio de Medrano. Esta inspección ha sido mandada hacer por el Santo Oficio, y consta en el folio XI de su proceso.

Todo lo cual ocurre en Diciembre de 1526, cuando Ignacio está revolviendo la idea de los *docs apóstoles* de la Beata Francisca, estando Medrano preso en la Inquisición de Logroño, á Iñigo comiendo el pan de sus comparietes Lucena.



Inscripciones y firmas de las cartas originales del Bachiller Medrano en 1520-1530. Su proceso. Arch. Hist. Nac.)



Firma de la época de S. Ignacio. De fray Juan Ramirez, organista de Oron, casado y profeso.

Fijándonos ahora en la firma de Ignacio, observamos que sus dos rúbricas forman dos cruces, ornamentadas, como si dijéramos churriguerescas; y no rudas y bastas como las de Medrano que no gasta perfiles; pero son *dos cruces*: la de los dos ladrones, y en vez del Jesús se cuelan los interesados;

ellos. Medrano ó Ignacio, son los *Cristos* que ocupan el lugar de Jesús. «Cristo es yo: yo soy Cristo» que es la frase de los alumbrados... y de los jesuitas.

EL SELLO MAONO

Vengamos ya al *sello máximo ignaciano*, que tampoco fué original. El obispo de Palencia, comisario de Cruzada en 1500, ponía en las bulas como escudo, un sello idéntico al sello mayor de Ignacio *general* de la Compañía. Parece totalmente copiado: el *IHS*, de letras minúsculas góticas, atravesando un palo al mayor de la *h* formando cruz. Como inscripción, el obispo pone en la orla ésta, copiada con sus erratas: T SPERENT: NI EO ONMES QVI NOVERINT NOMEN TVVM. (Véanse los grabados en el número anterior.)

Ignacio tomaba la bula en casa de su tía la beata María de Guevara; vió, pues, este escudo.

En la época de 1520 á 1530 (antes de la fundación de la Compañía) este anagrama *IHS* era usual en las cartas, cuando no se ponía la *+* Puede decirse que los devotos se dividían en dos partidos: uno de la *cruz*, otro del *Jesús*. Si esto era un fenómeno solamente místico, ó si tenía además otro objeto, no lo sé; la *cruz* era el sello de la Inquisición; era odiosa por esto; el *JHS* podía significar este odio.

La prueba de este aserto la tenemos en los *votos* autógrafos de la *Congregación Católica* de Valladolid de 1527 (1).

Como corona de este discurso, anotamos por ser muy importante, este hecho final. El *IHS* de Ignacio aparece en un librito manuscrito de su época, que contiene los documentos de la fundación de la capilla de Reyes, de Granada, que nos saldrá al encuentro para desgracia de los jesuitas.

En una palabra: Ignacio no inventó nada: fué recogiendo, en su saco de mendigo, de acá y de allá lo que halló útil y provechoso, desmintiendo en todo, sobre todo en esto, su modestia (2).

(1) Usan la *+* el Dr. Pedro Ciruelo (delator de Ignacio en Alcalá) con la mayoría: el Dr. Arrieta, agota el repertorio poniendo este signo: *+* *Ihu mae.* *+*: el Dr. Almeida, encabeza el pliego, con el Jesús en esta forma: *IHS*; el portugués Gouvea, en esta otra: *in n (omi) ne Jhs*. Fray Gil López, que tiene un trazo de letra clavado con el de Ignacio y la firma y rúbrica gemelas con las de éste, usa el *IHS* á semejanza de Ignacio.

(2) La moda de la firma del nombre apriornado por dos rúbricas verticales, fué propia de Rey Fernando el Católico: muchos tomaron la moda, sobre todo los aduladores, y, sin salirnos de este grupo de Valladolid, le vemos en las firmas de Alfonso Enriquez, abad de la ciudad, del canónigo Doctor Curia y de Fray Gil López. Los psicólogos saben bien que la elección de firma y rúbrica es un hecho trascendental del individuo que refleja grandemente el gusto estético-gráfico, podríamos decir la melodía del trazo y la armonía de las líneas: el feminismo, la vanidad y la pretensión se retratan ahí con cuidado. En la firma se ve el carácter *negligé* y el atildado: el elegante severo y el coquetón petimetre; y en el conjunto del escrito, se ve el *beato* profesional reorgando de signos devotos el papel, de giros místicos el estilo, de genuflexiones las antefirmas: de reverencias y lamaduras los saludos.

Sobre estos datos, no resulta nada aventajada la *virilidad* de Ignacio y está muy lejos de trascender el espíritu superior: acicalado él, afeitado, pericompuesto, cultiva el detalle con afán, con culto calculado, sujeto siempre á cuenta.

Para terminar: la *inmensa gracia* que los *Jesuitas* atribuyen á estos gestos de Ignacio, carece de toda originalidad: son vulgaridades de la beatería de su tiempo... y de la beatería de los alumbrados, según vamos á ver ahora.

EL «NOMBRE DE JESÚS»
ODIADO POR LOS ALUMBRADOS

En estos tiempos de 1526 la cuestión de los alumbrados era muy otra de la que fué más tarde. Por ignorar esto, los críticos de estas materias incurrían en gran número de errores de juicio que sólo sirven para falsear la historia.

En el proceso de Francisca Hernández, hallamos un extracto de las proposiciones que podríamos llamar rudimentarias: las germinales de la secta en este tiempo. Las han extraído con sus pinzas teológicas los calificadores del Santo Oficio Fr. Diego de Cisneros, fray Diego de Pinedo y el Dr. Juan Quintana Fr. Tomás de Santa María. Hállanse en el folio XIII.

Son cinco proposiciones: la 1.^a contra los actos externos de la devoción; la 2.^a *contra el nombre de Jesús*, que, según los alumbrados, debe llevarse en el corazón y no en la solapa de la chaqueta ni en la punta de las botas. La 3.^a contra los rezos mecánicos y contra las misas automáticas. La 4.^a contra las procesiones del sacramento, que creen ridículas y aun profanaciones del sacramento. La 5.^a con la 2.^a: reirse al oír pronunciar el nombre de *Jesús*.

Como se ve, este *Nombre de Jesús* fué el caballo de batalla de los alumbrados.

Esto motivó que así como los judíos para quitar las sospechas de judaísmo habían de untarse los hocicos con tocino y llevar de medalla al cerdo, símbolo del catolicismo antijudío, así los tachados de alumbrados en cuanto se apercibieron de eso del nombre de Jesús, de le de los golpes de pecho en la iglesia, lo de besar el suelo al *a'zar* y lo de mover los labios en la oración; á fin de alejar sospechas y ahuyentar el alguacil del Santo Oficio, hubieron de coger de tema el *Jesús* á pasto común y á todo uso; *Jesús* al toser y *Jesús* al bostezar; y en la iglesia, atronar las bóvedas con golpes de pecho, barrer las losas á lamidos, y menear, no sólo los labios, sino las mandíbulas. Sobre lo cual, los mamarrachos inquisidores y los escandalosos frailes, abrían largas é interminables informaciones que pueden verse en estos procesos.

He aquí, pues, la decisión y buen consejo de Ignacio: el *disfraz* y el *antifaz* requerido por las circunstancias.

El iluminismo no era cuestión de palabras, ni de genuflexión más ó menos, ni de sayo de este ó aquel color, en lo cual había degenerado el catolicismo del tiempo (y del nuestro); en puridad, tanto importaba á los alumbrados decir *válganos Jesús!* como *válgame Mahoma!*. A la cosa iban y no al nombre. Y al ver que la Inquisición hacia encarnar la secta en el odio al *Nombre*, Ignacio, muy interesado en no parecer gallico en el Pretorio, se llena de *Jesús*es por arriba, por abajo, por delante y por detrás, y lo toma como bandera de su cuadrilla.

Y esto fué el *Jesuitismo*: un *Jesús* que responde de *Judas*.

S. PEY ORDEIX

Nota.—Algunas erratas han pasado,

que el buen sentido del lector sabrá corregir. En el artículo «Prueba general», IV, salió no una errata de caja, ni de pluma, sino de cuenta. Dice el escrito que la Corte no estaba en Valladolid al salir Inigo de la cárcel de Alcalá. Este salió el 21 de Junio; la Corte no salió de Valladolid hasta el 8 de Agosto, con lo cual queda repuesta la verdad histórica en su punto.

CLASICISMO ANTICLERICAL

EL RACIONALISMO DE LEOPARDI

Aun sin hacer abiertamente profesión de ateísmo, y huyendo del sistema seguido por sus contemporáneos, Leopardi hizo que dimanase de su ingenio propio y de su estudio de los antiguos aquel juicio sobre la naturaleza universal de las cosas que transfundió en sus escritos. Leopardi no podía en su época, y á causa de su condición privada, erigirse en anticlerical, y acaso no lo hubiese hecho tampoco en una más emancipada y culta, como, por ejemplo, la nuestra, dada la índole de su temperamento; pero fué el más profundo y sagaz escrutador y divulgador de la Verdad. No obstante, es extraño y digno de observarse que su popular obra, que no tiene semejante en toda la historia de la filosofía, no pudo ser calculada en sus efectos por aquellos mismos á quienes perjudicaba, es decir, por los creyentes. Para servirnos de una alegoría, no atacó Leopardi al árbol de la fe comenzando por las ramas frondosas de que penden los dorados frutos, tan caros para sus avarientos usufructuarios, sino que cavó y atacó á las raíces, de modo que el árbol quedó privado del medio natural de seguir fructificando y empezó á secarse.

Los italianos deberíamos estar orgullosos de este coloso del pensamiento, en cuyas obras buscaban muchos escritores racionalistas, propios y extraños, para diluir después en libros interminables, las ideas expresadas por él en pocas palabras. La misma Alemania, llamada la «patria del pensamiento», ha bebido en aquella fuente incomparable de observaciones, y sus Schopenhauer, Nordau, etc., han vulgarizado entre un público docto el saber portentoso de un pensador casi olvidado en su propia é inculta patria. Entre los italianos, señalaremos solamente á Lombroso, que puso en boga la teoría de la degeneración en los hombres de genio, cuya idea fundamental fué expresada por Leopardi en un capítulo de sus obras: «Detti memorabili di Filippo Ottonieri».

¿Quién sabe apreciar justamente la obra de un Leopardi, de un Mazzini, de un Garibaldi, de un Cavour? ¿Quién recuerda hoy á otros más modestos que ellos, pero que también se consagraron á enseñarnos? ¿Quién tiene hoy noción del crítico Montefredini, que dijo cosas tan tremendas del papado, que los últimos discursos de Nathan sobre el mismo asunto son insignificantes observaciones en comparación con ellas? ¿Quién habla ya de Praga Emilio grande y verdadero poeta, pero enemigo de los tonurados?... Y, sin

embargo, el buen Manzoni, que retrasó en varios lustros el progreso del libre pensamiento con el deletéreo ejemplo de su manía religiosa, ha penetrado en las escuelas italianas, sirviendo sus obras de libros de lectura.

J. FORNOVI

Una duda

Varios carlistas recorrieron las calles de Alcalá de Chisvert vitoreando á don Jaime.

Vicente Bon, hombre ya entrado en años y liberal de veras, se echó á la calle gritando: «¡Viva España! ¡Viva el ejército español! ¡Viva el pueblo sobe-

ranol!» Se enteró el alcalde, hijo de aquel bandido que se llamó Cucala, y ordena á dos guardias civiles que lo lleven á la cárcel, donde lo tuvo unas veinte horas encerrado.

¿El hijo de Cucala alcalde? Esta noticia da una idea de cómo está la España que el padre de ese hijo ensangrentó: envilecida y deshonrada.

¿Si levantaran la cabeza los liberales que aquel miserable asesinó y robó, después de rezar fervorosamente el rosario!

Y aquí una duda que se me ocurre en este instante:

«¿Asesinaban los carlistas porque rezaban, ó rezaban porque asesinaban?»

Confieso lealmente que no sé á punto fijo si lo uno era consecuencia de lo otro, y lo otro de lo uno, aunque sospecho que sí.

La enfermedad de las cosquillas

Si algún día me alegre y vagabunda Patria vuelve, como D. Quijote á su sano juicio, ha de componer una maravillosa narración con la de sus andanzas y bobaliconerías. Entre las muchas enfermedades que padecemos, las hay tan graciosas que no me explico la razón de no poseer en la fauna y flora literarias de España un humorista de primera fuerza. Figúrense un diablillo de esos en nuestro amado solar, solar por la herencia y lo vacío, y tendríamos risa sempiterna. Porque vamos á ver, ¿conocéis en España muchas personas que tomen en serio su destino ó el de su Patria? Abrid un periódico ilustrado y prescindid de los monos—toreros, reyes, procesiones, inundaciones y criminales—, lo que resta son artículos y monigotes de guasa, de burla, de chunga, de piturreo.

La crítica filosófica toma entre nosotros la forma de broma, cierta clase de ironía burda que consiste en juzgar las cosas del cerebro con el estómago y en llenar con el páncreas las neuronas. Uno de esos críticos busca asunto; ¿creéis que lo eleva de toro, que juega artísticamente con él y compone una pieza mordaz al través de cuyo picado podéis reflexionar profundamente y educaros? No, por Dios. Lo coge, lo enloda, lo sume en mosto, en turba, en

rancho, en grasa y es lo sirve riendo. Poseen los ingleses el *humour*; los franceses, el *esprit*; nosotros, el arte de hacer cosquillas. No pasamos en nada ni por nadie de la piel. Tenemos en el lenguaje dos modismos; á ras de tierra y á flor de piel. Abandonamos lo que cuesta trabajo á los extranjeros y escogemos siempre la mejor parte. Nos hacemos esta profunda reflexión: Ya nos aprovecharemos de lo que inventen los otros. Otras veces nos decimos solemnemente: Las circunstancias se encargarán de provocarnos. Si esas circunstancias no llegan tomamos pacíficamente el sol, que según los sabios modernos es el gran remedio. Un español es una especie de mecanismo ingenioso; se está siempre quieto hasta que lo tocan; entonces suele hacer monerías tales como hacer que se enfada, torear una silla, abrir una navaja de diez muelles, vomitar una blasfemia ó pedir limosna. Como veis, no todos los europeos son capaces de eso. Sin embargo, hay que fijarse y tener cuidado, porque eso no es hacer el payaso, sino entender la vida. El que discurre está en peligro de ser un primo ó un panoli y merece que se la *dinen*. Tenemos nuestras ideas y hasta una variada filosofía del pesimismo. El autor del *Eclesiastés* abrió los ojos tamaños al oírnos hablar de la existencia. Nuestro valle de lágrimas es un valle de la Orotava ó la isla de Ceilán. Para nosotros todo ha ocurrido ya y lo que tiene que suceder sucederá aunque se ponga á ello un toro.

En consecuencia, hemos inventado el principio filosófico de que «la vida es un fandango y el que no lo baila un tonto», frase admirable que no se le ocurrió á Lenau, Heine, Leopardi, von Hartmann, ni al mismo Kovalevsky, el célebre autor de *Studien zur Psychologie des pessimismus*. Yo, que sé tantos nombres raros que no me caben en la cabeza, ignoro de un filósofo notable que haya discurrecido un sistema moral como el que nosotros poseemos. En efecto, prever los sucesos es *volverse loco*; no pensar en el porvenir es evitarse *quebraderos de cabeza*; cuidarse del presente es no saber aquello de *Dios dirá*; trabajar es ignorar el Padrenuestro. Guyau pudo hacer en su *Moral de Epicuro* algunos buenos capítulos acerca de esta idiosincrasia nuestra, á la que pomposamente los repugnantes adaladores de nuestra Psicología llaman heroísmo, sobriedad y otras simplezas. Segúen ellos, nuestra indiferencia no es cobardía, sino sinceridad. Cierito... *impávidum ferient ruinas*. Cuando nos encontramos ante el peligro tenemos tal grandeza de ánimo, que decimos: *Da tú primero*. Cuando salimos del peligro rotos, deshechos, vencidos, tenemos tal cantidad de espíritu que nos chanceamos diciendo: *Atiz, no era manco!* Así hemos perdido estas bagatelas: la hegemonía del Mundo, las escuadras, América, Gibraltar y la vergüenza. No obstante, quien nos dice las verdades nos ofende. Un español ofendido es una cosa terrible; os llama cosas fantásticas que él ha discurrecido en las plazas de toros; blasfema, ruge y os da un navajazo en las entrañas. Es así, y ¡qué le vamos á hacer! Cuando deseáis conocer el espíritu español, alzados de hombros ó lanzad un sonoro *phss!*

A Felipe II le rotificaron la destrucción de la Invencible oyendo misa.

¿Creéis que vale la pena dejar de oír? ¡Bah, un chistel... salimos del paso con las zaragatas y las bagatelas. La profesión es en castelano sinónimo de locura. Un hombre que piensa es un orate. A la temeridad la llamamos valor y á la prudencia *mic litis*. Olfamos la reflexión y nuestro desprecio por el que reflexiona es galarrifimo; cae en la caricatura, en la bifa, en el escarnio. En el Parlamento, cuando se leen las cifras se van los diputados. Se llenan los escaños de las plazas y del Congreso cuando *va d'ur hula*. En nuestro escudo falta el cohete. Si se reúnen dos personas para una reivindicación social, no sabéis lo primero que hacen: creéis que estudian el problema, pero lo primero que compran es una bandera con muchas borlas y moñas. Somos tan estetas que tenemos de la belleza y sus cuestiones las siguientes profundas ideas: la luz, refleja la ó irradiada en las lentejuelas, es maravillosa; un traje de luces, el traje: so nos monárquicos por los peschcos que sacan los caballos de las Reales Caballerizas. En nuestros discursos ha de salir y ponerse el sol varias veces, cantar los pajaritos, correr las fuentes y cruzar paisajes; si no habláis así no os oirán y se dormirán si soáis el tanto por ciento de los doce mil millones que debemos por nuestros errores. Nos entregamos á quienes nos saben hacer unas cosquillas con menos daño. La piel de España es tan cebre, que ha dado nombre á un perfume. Es morena y algo veltuía, con una pelusa semejante á la del melocotón, los poros muy abiertos, con ronchas de no lavarnos. Quien nos rasca, soba, punza y acaricia nos hace ver paisajes deliciosos, una hamaca, guajiras y la mosca del sueño. España es una hembra de cuidado, con cosquillas en todos los sitios. Su ideal es que el bello húmedo de un toro la haga cosquillas bajo los sobacos. ¿Creéis que exagero? Nada de eso. Los periódicos, los libros, los discursos, id al teatro. Chistes, obismer, rifa retruécos, eufuocos, hamponería. No tenemos un Hamlet ni maldita la falta que nos hace. A cambio de eso tenemos cerca de sesenta matadores de toros y unos centenares de hombres que tienen cascabeles en la pluma que escriben y campanillas de muleta castelana en la lengua cuando hablan. El remedio de esa enfermedad de la piel, es lavarse. Hasta que no tengamos baños públicos no se nos quitará. Pero, señores gataés de alguno que se atreva á llevar España al agua?

EUGENIO NOEL

Quien siembra vientos...

Se le muere un hijo en Colmenar (Salamanca) al vecino Juan Antonio Gámez, saca permiso del juez municipal para enterrarlo civilmente, y lo sepulta en un trozo del cementerio católico que no está bendecido, y que destina el cura para los que mueren sin confesarse. Y ahora trata el de las faldas de citar á juicio de faltas al padre del niño, cual si él tuviera la culpa de que no haya en aquel pueblo cementerio civil. No me extañarla que el padre saliera condenado: injusticias de esta clase se cometen y se defienden hoy.

Por esto, y para evitarse molestias, lo mejor que puede hacer todo padre de buen sentido, es no bautizar sus hijos. De este modo, no hay medio de que los ministros del Señor se llamen á la parte cuando mueran.

Todos los asuntos que se plantean bien, se resuelven mejor. Y viceversa. Con que á espabilarse; que quien siembra bautizos, cosecha disgustos y gastos.

LADRONES

En esta nación tan rica hay ladrones de chaqueta, de levita, de sotana, de gorriila, de chistera, de cogulla, de quevedos, de bastón y de tarjeta; y unos roban con la vista, otros roban con la idea, otros roban con la pluma, otros roban con la imprenta, otros roban con las manos, y otros roban con la lengua.

Unos pasan por honrados, otros pasan por lumbreras, y muchos por sabios grandes, por benditos, eminencias, por escritores, por títulos, por perfumes, por peetas, por insignes, por gigantes, por próceres y por ciencias.

Y de todos, sólo pisan del presidio las galeras, los que roban por centavos, sin levita, sin tarjeta, sin honores, sin galones, sin quevedos, sin chisteras; que el ladrón que menos roba más ladrón se considera.

MERCURIO

Sobre la muerte

1.—¿Desde cuándo existe la muerte en la tierra?

—Desde que la vida existe (1).

2.—¿Qué es del cuerpo así que muere?

—Comienza á volver á la vida. Se sueltan las moléculas de que se compone el cuerpo, separándose, y recuperan la forma de sus elementos de origen: agua, cal, hierro, fósforo, etc. Así disgregadas, se mezclan con el sol y el aire, y renovada su juventud, vuelven á entrar en la combinación de nuevos cuerpos.

3.—¿Y se vuelven á encontrar siempre en el mismo cuerpo?

—No. Si tal sucediese, los muertos resucitarían.

4.—¿La muerte es un castigo?

—Si castigo fuera la muerte, castigo

(1) Esto es verdad en sentido general, aplicado á las formas conocidas de la vida. Para hablar más exactamente, algo ha debido existir antes de que nada pudiera morir. Algunos de los organismos más simples no mueren, sino que se multiplican por excitación en dos mitades, cada una de las cuales se hace un organismo entero.

fuera la vida, porque los hombres, si morimos es porque vivimos. No puede ser castigo porque nosotros no hemos nacido por haberlo pedido, ni hemos nacido cometiendo ningún pecado.

5.—¿Por qué las gentes temen á la muerte?

—Aprendieron á mirarla como la maldición de Dios por los pecados del hombre, y á creer que señala el comienzo de una sentencia irrevocable. Por eso temen. Más los pueblos están en camino de librarse rápidamente de tales terrores.

6.—¿Es de desear la muerte?

—No, sobre todo mientras no sepamos más acerca de ella.

7.—¿Pero constituye siempre una desgracia?

—Cuando da fin á una carrera útil ó separa amantes corazones ó deja niños huérfanos, entonces parece una calamidad. Más cuando redime á los que están fatigados, viejos y penando, entonces es una bendición (1).

8.—¿Pudiera existir progreso alguno en el mundo sin la muerte?

—Como las viejas hojas deben caer de las ramas para hacer sitio á las nuevas, más verdes, así nosotros debemos morir para hacer sitio á los hombres y mujeres del porvenir, mejores que nosotros.

9.—¿Cuál es la concepción más filosófica de la muerte?

—La de que nos trae ó la felicidad ó el fin de nuestros sufrimientos.

10.—¿Qué juicio tenía Sócrates sobre la muerte?

—Decía de ella, que si terminaba la vida, no era esto ninguna desgracia; pero que si libertaba al alma del cuerpo, era ciertamente el más grande de los beneficios (2).

11.—¿Es malo llorar á los muertos?

—Es natural; pues mientras tengamos que hacer frente á nuestro destino como hombres, como hombres también tenemos que sentir.

12.—¿De qué modo podemos triunfar aun aquí de la muerte?

—Amando y sirviendo alguna noble causa en la cual podamos sobrevivir largo tiempo después que hayamos desaparecido.

13.—¿Qué cosas han sido los más grandes bienhechores del hombre?

—Aquellos que han descargado su espíritu de un miedo y contribuido á dar un paso adelante en la vía en la liberación del pensamiento.

MANGASARIAM

(1) Entre las leyendas, mitad paganas que en la Edad Media tenían curso en Irlanda, una de las más bellas es la de las Islas de la vida y de la muerte. En cierto lago—dice la leyenda—se encontraban dos islas; en la primera jamás podía entrar la muerte, pero la edad, la enfermedad y el disgusto de vivir eran muy conocidos, y hasta el punto hicieron de las islas, que los habitantes, cansados de su inmortalidad, empezaron á clavar los ojos como sobre un puero de refugio sobre la otra isla; lanzaron sus barcas sobre las olas sombrías; tocaron por fin la orilla ansiada; y quedaron en reposo.

(2) «No hay asunto en el cual piense menos el sabio que en la muerte», Spinoza. «La muerte no nos concierne, pues mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros ya no somos», Epicuro. «Las esencias nobles están libres de las supersticiones que son la pesa lilla de los débiles», Lecky.

LOS PREJUICIOS

Una mujer blanca perseguida por casarse con un indio

Sean españoles, sean sajones, sean esclavos, los cristianos son siempre unos: unos en la intransigencia, únicos en la persecución, tiranos siempre.

Inglaterra, como nación, es liberal; pero es tan intransigente como los países más fanáticos tratándose de religión. Católicos, cismáticos ó protestantes, lámense como quieran los cristianos, son con los hombres de libre conciencia más tiranos que fueron con los cristianos los cruces emperadores de Roma.

El extracto que hacemos de una carta escrita por una infeliz mujer del Canadá, basta para abrir los ojos á todos aquellos que aún tienen alguna fe en la justicia inglesa y en su tolerancia para las creencias.

«Aunque no somos partidarios del casamiento entre indios y blancos—dice el *Indian Sociologist*—no podemos menos de tomar en consideración el principio de *factum va et* y reconocer la legalidad de un matrimonio contraído. Interesa conocer cómo se maltrata á una pobre mujer por haber escogido un marido indio, y con el cual se casó ajustándose á las leyes del país.

Véase la carta, traducida en toda su sencillez:

«Hace falta audacia y crueldad para tratar á una pobre mujer como yo de la manera que me tratan. Algunos indios, especialmente los S.ks, no se ocupan de nada. Yo soy una mujer blanca, y lo que los blancos cristianos hacen es tirarme piedras á mí y á mi hija. El otro día un hombre le dijo delante de mí á un muchacho: «Apedrémoslos, coge un palo y rómpales la cabeza.» Esta es mi triste suerte, y todo ello por haberme casado con un indio S.ks.

Querido hermano—añade;—yo quisiera que hicieras pública mi desgracia en los periódicos de América. Yo he escrito aquí á varios periódicos, pero no lo quieren publicar, porque estas verdades denigran á la raza blanca y cristiana. Escríbalo, publíquelo usted que trabaja por los indios. El año pasado por Junio me vi obligada á llevar á los tribunales á una señora por insultarme constantemente, llamándome «india cochina», y delante de los jueces dijo: «Se lo he llamado y se lo llamaré cuantas veces la vea.» Los jueces se rieron, ella quedó libre y yo aguantando sus insultos, todo por haberme casado con un indio. ¿Hay derecho á que así me abofeteen esta gente?

Lo policía me insulta, y cuando ocurre algo, jamás se me hace justicia. A mí, á pesar de ser blanca, me tratan como india. Los tribunales no me hacen caso, la policía tampoco. Si alguna vez me meto en el tranvía con mi marido Munsha Suig, oigo decir constantemente: «debería hacer coches aparte para estos indios»; los hombres se levantan y orden el sitio á las mujeres, pero á mí jamás, por estar casada con un hombre de otra raza y otra religión. Hasta mis parientes me desprecian.

Según ellos, he cometido un gravísimo pecado y no se me puede perdonar.

Hablan de prejuicios. Las mujeres negras están tratadas mucho mejor que lo que me tratan á mí; los blancos no tienen cortesía alguna para conmigo y hasta en las tiendas me insultan por estar casada con un hombre que no tiene su religión. Cuando entro en un almacén me apuntan con el dedo y se ríen de mí con el mayor descaro. No puede usted formarse una idea de cómo me tratan é injurian esos que se dicen discípulos de Jesucristo y que siguen su santa doctrina.

Mi hija Winnie siempre que iba y venía de la escuela, era insultada por los cristianos llamándole: «India cochina; tu madre es india». Entonces pensé meterla interra en un colegio distinguido de monjas católicas. Las monjas aceptaron y la recibieron con la condición de que pagara las mensualidades adelantadas, y, sin que yo lo supiera, la hicieron vivir aparte, separada de las otras colegialas como si fuera un ser pestífero. Estaba en una clase aparte, en dormitorio separado, y no comía con las demás muchachas; en el recreo le prohibían que se reuniera con las otras y hasta en la capilla la ponían distanciada de todas.

Llegaron á poner una valla para que no se rozara con las otras niñas, y en los sitios que le habían designado pusieron letreros con su nombre, Winnie, como si hubieran puesto: «laprosa».

Cuando lo supe, mi marido y yo fuimos á verla; y cuando llegamos al monasterio de Faizvien, sólo nos dejaron hablar con ella á través de unas rejillas. Entonces dije á una monja que me la quería llevar y rehusaron entre gármela. Yo prometí pagarles el dinero de toda una mensualidad si me la devolvían y entonces me la entregaron.

Si los cristianos quieren que su religión se extienda por todo el globo ¿por qué no enseñan á amar á las negras y las indias y no tratarlas como las tratan, con escarnio y crueldad?

He visto que aquí todos los cristianos no se ocupan sino de vivir con lujo, y para conseguirlo cometen toda clase de fechorías. Viven en constante pecado. Yo quiero vivir en paz y honradamente y no me dejan. Tanto me han hecho sufrir, que últimamente he estado enferma de gravedad por su causa.

Sufro mucho pensando en mi infeliz marido y mi pobrecita hija. Yo aguanto los insultos y los malos tratos que á mí me hacen, pero no puedo soportar con calma los que infleren á mis seres queridos.

Y á todo esto, véase lo que los cristianos hacen con los pobres indios. Las mujeres van á casa de los indios, les roban el dinero y los desmoralizan. He de atado varios casos de esos á la policía, y no solamente no me han hecho caso, sino que se ríen de mí y me hacen burla.

Y estos cristianos ingleses nos dan con el pie y dicen que jamás se mezclarán con la raza india, y, sin embargo, otros blancos como los alemanes, griegos etc., lo hacen.

La sencillez de esta carta me ahorra todo comentario, pero corrobora lo que vengo diciendo: toda religión degradada y pervierte al hombre.

Las últimas líneas de Maupassant

Interrumpidas por la locura

Un editor francés se ocupa en recoger piadosamente los manuscritos y aun esbozos de Guy de Maupassant. Tal vez el más interesante de esos documentos es la última página del último libro. La blasfemia de esas líneas tremendas fué interrumpida, repentinamente, por la locura, por la espantosa noche mental.

He aquí esa página, titulada «Dios»:

«Eterno asesino, que parece no gustar el placer de producir, sino para saborear, insaciablemente, su pasión encarnizada de volver á matar, para recomenzar sus exterminios á medida que crea seres. Eterno hacedor de cadáveres y proveedor de los cementerios, que se divierte en seguida, en sembrar granos y desparramar gérmenes de vida para satisfacer, sin cesar, su necesidad insaciable de destrucción.

«Matador hambriento de muerte, emboscado en el espacio para crear seres y destruirlos, mutilarlos, imponerles todos los sufrimientos y fulminarlos con todas las enfermedades, como un destructor infatigable que prosigue, incansablemente, su horrible tarea. Ha inventado el cólera, la peste, el tifus, todos los microbios que roen el cuerpo, los carniceros que devoren á los animales débiles.

«Únicamente las bestias ignoran su ferocidad, porque ignoran esa ley de muerte que las amenaza tanto como á nosotros. El caballo que brinca al sol en una pradera; la cabra que trepa por las rocas, con su paso ligero y ágil, seguida del chivato que la persigue; las palomas que arrullan sobre los techos, con el pico en el pico, bajo el verde de los árboles, como amantes que se dijeran cosas tiernas y elruiseñor que canta en el claro de luna, cerca de su hembra que empuja, no conocen la eterna carnicería de ese Dios que los ha creado. La oveja que...

Aquí termina, se corta la obra de este gran escritor: el genio, al llegar ahí, se hundió en las sombras de la demencia.

Como todo lo del autor, en el original de la página que reproducimos, se nota su afán de pulir, de barilar, de cuidar su estilo: todas las líneas, casi todas las palabras, aparecen enmendadas, corregidas y vuelta á corregir.

El Progreso.

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

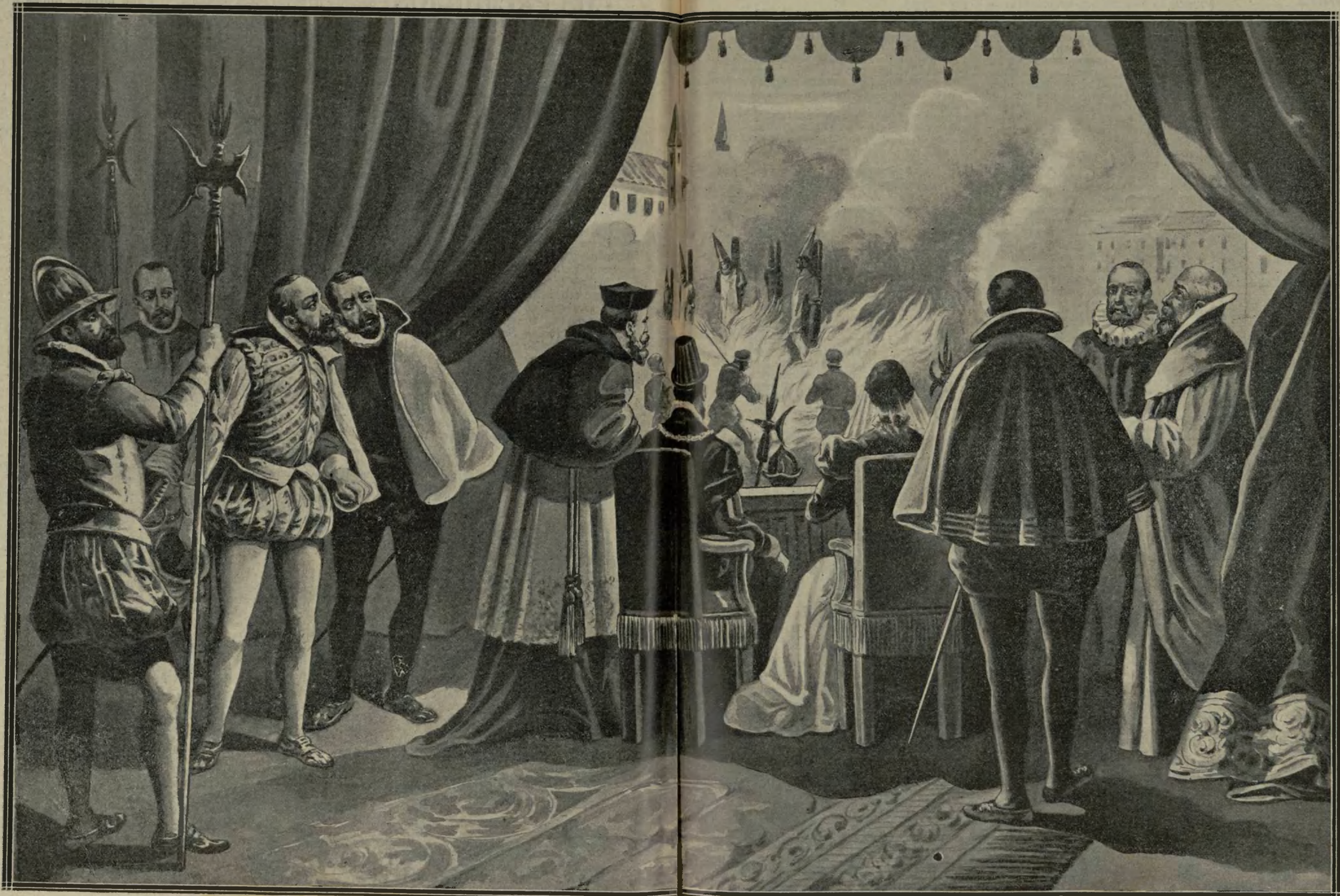
CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

EL MOTIN



Felipe II presenciando la quema de los Relajados en el Auto de 28 de Octubre de 1559 en Valladolid.

Ayuntamiento de Madrid

La blasfemia es católica

Espanta al buen observador lo idiota que es el catolicismo á la hispano-romana, y causa profunda compasión y pena, más que ira, contemplar esa estultez viviente y operante en los católicos que se llaman de acción, sin Juda porque no les llamemos tartufos ó gazmoños.

Es catolicismo ciego, sordo y torpe en el andar, no conoce de las cosas más que lo más burdo; para él no ha transcurrido el tiempo, ni ha progresado la Ciencia, ni han llegado á ser adultas las sociedades un día menores de edad.

Preguntad á un católico mojigato de espasa por el medio posible para combatir una deficiencia humana cualquiera; él os contestará al momento que no hay otra medicina como el palo, la represión, perseguir, pegar, matar á diestro y siniestro.

Es el catolicismo como esos padres de familia semisalvajes, que entienden la educación y dirección á estilo de capataz de negros: exigir sin medida y pegar sin piedad; he ahí todo el sistema de esos padres y del catolicismo. Y así les salen los hijos.

Ya lo hemos visto en los recientes mítins contra la blasfemia. Los jóvenes *luis* se han arrancado impetuosos y orondos con peticiones de presidio, de horcas, de sangre y de fuego contra los blasfemos. Santo Domingo de Guzmán, San Pedro de Verona y Torquemada, no se habrían mostrado más crueles.

Los pobres muchachos ignoran que la blasfemia es natural en el hombre y más todavía en el bípedo católico: que es católica por excelencia.

Natural, porque por una reacción fisiológica, el hombre que siente su impotencia se subleva y requiere, para exacerarlo, aquello que juzga más poderoso. ¿A que no saben esos niños de la garganta pontificia quién profiere las blasfemias más hondas y vehementes? ¿Los marinos? ¿Los carreteros? ¿Los aragoneses? ¿Los militares? No, queridos: las madres cristianas; esas.

Se les muere el hijo en qu en tenían cifrados todos sus amores, y al convenirse de que no han de verle ni acariararle más, ya se sabe: «¿Y hay Dios? — ¡exclaman—, si lo hubiera, sería el más cruel de los seres.»

Todos los profundamente enamorados son blasfemos cuando pierden el objeto de sus amores.

Es católica la blasfemia, porque así como la ley humana hace el pecado, el catolicismo, multiplicando las entidades divinas, aumenta considerablemente los motivos de blasfemar. La prueba nos la suministran los hechos. Donde más se blasfema es en los países católicos.

Entre nosotros, Aragón, la tierra más fervientemente devota de la Virgen, es la que más blasfema de Dios y aun de la Virgen misma con tal que no se llame Pilarica. Nadie ignora esto.

¡Ah!, y en cuanto se intenta reprimir esa costumbre, es sabido que se hace intensa, también por un movimiento natural humano.

Si esos chicos de las Ligas quisieran de verdad, no concluir, porque es im-

posible, con la blasfemia, sino disminuirla en gran manera, deberían inventar otros recursos menos groseros.

Había en cierto pueblo la costumbre de llevar las jóvenes unas cuantas flores entre los pechos. Todos los curas, á fuerza de sermones y anatemas, no habían logrado más que arraigar este uso. Hasta que llegó un párroco más ingenioso, y un día, desde el púlpito, dijo que él no condenaba en absoluto aquella moda, porque se hacía cargo de que hay cutis matolientes cuyas emanaciones ingratas se neutralizan con el perfume de las flores. Como por encanto las chicas dejaron de ponérselas en el pecho.

Spongamos que una autoridad dice poco más ó menos en su bando sobre la blasfemia: «La ley, ciudadano, no tiene medio de reprimir los excesos de la lengua; está, pues, permitido blasfemar; es una desgracia que las personas cultas debemos tolerar por compasión hacia las gentes mal educadas, ignorantes ó faltas de juicio. Por eso esta autoridad ruega al público sensato que sea como asivo con los blasfemos y afecte no haber oído sus palabrotas.»

Seguro estoy de que esta disposición ruego haría más contra la blasfemia que todo un código represivo.

Pero váyales usted á los neos con deficiencias y filitises de ética transcendental: ellos al palo, y... á blasfemar; porque, señores, con franqueza, ¿hay mayor blasfemia que proclamar á Dios guerrero y vengativo? ¿Se le puede injuriar más que diciendo que castiga con horribles tormentos de eterno fuego al que se permita comer una pilitra fúda carne en viernes sin tener bula? Y esa es doctrina de los neos.

¡Taday!, blasfemos; ¡á la perreral

UN CLÉRIGO DE ESTA CORTE

Los dineros de Santiago

Por unas declaraciones que hizo en el Senado el señor obispo de Jaca, nos hemos enterado de que el apóstol Santiago no tuvo la menor intervención en el escabecamiento de infieles que se hizo en la batalla de Olavijo.

Nosotros ya abrigábamos la sospecha de que el santo varón no había sido tan fiero como la Iglesia lo pintaba; pero como nuestras relaciones con los bienaventurados que habitan los cielos no son muy cordiales, carecíamos de informes verídicos que nos permitieran negar con fundamento las hazañas de Santiago, y por esta razón no habíamos dicho nada que pudiera mermar los prestigios guerreros del apóstol.

El obispo de Jaca declara que el santo no tuvo arte ni parte en la derrota de los morismas, y como él tiene obligación y derecho á estar enterado de estas cosas, nosotros damos entero crédito á sus palabras y las tomamos como argumento para decir que se haga una revisión de los libros de la Iglesia, á fin de que desaparezca de ellos todo cuanto se refiera á la aparición de Santiago, declarada apócrifa por un ministro del Señor.

Lo mismo debe hacerse con ciertos libros de texto, en que unos titulados historiadores dan por cierta la leyenda

que el señor obispo de Jaca ha tirado por tierra.

Pero hay más, y es que como los españoles somos muy agradecidos, le hemos estado entregando 12 500 pesetas anuales por espacio de mucho tiempo á Santiago, en premio de la protección que brindó á nuestras armas.

El apóstol recibía los dineros y se callaba como un zorro; pero como el obispo de Jaca no ha querido hacerse cómplice, hemos venido en conocimiento del ergástulo de que estábamos siendo víctimas, y ahora le van á llover las reclamaciones al cuco santo del caballo.

Nosotros no cejaremos hasta que devuelva al Estado el dinero que injustamente se ha llevado, más los intereses correspondientes al caudal.

La Democracia.

Vigo.

Lo más perverso de la Inquisición

Fué, sin duda, la exterminadora persecución de los brujos y embrujados que siguió á la de toda suerte de adversarios de la Iglesia romana, tan fría, como estúpida é inhumana. Tales estragos clínicos de la manía religiosa eran perseguidos con tal ahínco, que los inquisidores no precisaban denuncias, porque les bastaba que hubiese rumores del vulgo para proceder rigurosísimamente contra los desventurados que los precedían, á los que se prometía el perdón si confesaban su delito para después no cumplirle la promesa.

Entre las víctimas figuraban hombres de Estado, nobles, damas de alta alcurnia, estudiantes, campesinos y mujeres del pueblo; pero sobre quienes recaían las acusaciones más frecuentemente eran en los médicos y alquimistas. Las operaciones que practicaban, las colecciones de animales y esqueletos que tenían en sus gabinetes y laboratorios, eran motivo para que los fanáticos ignorantes, no creyéndose el uso de tales objetos ni el motivo de tales manipulaciones, viéndoles obtener cuerpos inflamables, gases fétidos, líquidos corrosivos, etc., creyeran que eran indicios claros de tener pacto con el diablo.

Sólo en el distrito de Worms, en el breve espacio de un año, fueron quemadas públicamente 85 hechiceras. En Ginebra, en Bale, en Hamburgo, en Ratisbona, en Viena y en otras ciudades del centro de Europa corrieron ejecuciones semejantes. El inquisidor mayor, P. Espritzk, se jactaba de haber enviado á las llamas más de 800 brujos. En Francia las persecuciones se atenuaron algo hasta el siglo xv, después del cual recrudecieron. En Italia, las ejecuciones en solo 24 años, según el Dr. Pergolesi, llegaron á 9 000, en España fueron innumerables: en un auto de fe sólo, celebrado en Valladolid, se quemaron 300, y aun este no es el más numeroso, porque hubo otros mayores en la Alemania central.

Estas persecuciones no amenguaron hasta algún tiempo después de la publicación de un libro de un canciller holandés, el cual afirmaba y demostraba en él, que los maleficios sólo existían en la imaginación de los que en

ellos creían. Esta obra produjo una indignación general, mas pasados algunos años, se fué generalizando su lectura é ir fluyó sobe manera en la opinión pública. No obstante, hubiera sido impotente por sí sola á no haber aparecido el método de Bacon y el sistema de Descartes, los cuales hicieron adelantar las ciencias y la filosofía, y una vez ilustrada la opinión pública, cesaron tales horrores. En 1784 Sevilla presencié el último de estos actos de barbarie, al cual se negaron á asistir muchas personas de posición y talento de dicha ciudad.

Los extranjeros parcialísimos, que no creen en la existencia de más inquisitorial perversidad que la nuestra, pueden, ante los anteriores datos, prepararse á entonar el *mea culpa*.

Veritas

J. DE LA HERMIDA

El P. Baños examinando á un portugués de Doctrina Cristiana

P.—Vamos á ver: ¿usted es cristiano?

R.—Non señor, eu son portugués.

P.—¿Ayudó alguna vez?

R.—Sí, señor; estubén d'unha vez tres días sin comer nada.

P.—Pero ¿fué por servir á Dios, por enfermedad ó porque no tenía con qué comer?

R.—¡Ay, señor! foille porque non tín.

P.—Sí, pero á Dios no le gustan esos ayunos.

R.—Pois cadra ben, porque á min tampouco me gustan.

P.—Diga los misterios de la Encarnación.

R.—Non'cs sei, señor.

P.—Pero, hombre, si eso lo saben todos..

R.—Po's si ó saben todos, non é misterio.

P.—¿Qué es fe, muchacho?

R.—Eu non sei, señor cura.

P.—Vamos á ver; si yo te dijera que en la «artesa» de tu casa hay una morcilla, ¿tú lo creerías?

R.—Sí, señor.

P.—Bien, pues eso es fe; á ver ahora: ¿que es f?

R.—Morcillas n'a artesa d'a nosa casa.

—¡Muy ma, muy mal! Vamos á ver ahora cómo andamos con los mandamientos de la Santa Madre Iglesia. ¿Qué se dice en el quinto mandamiento?

R.—Non sei, señor cura.

P.—Usted no sabe lo que no le conviene. En el quinto se dice: pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios.

R.—Ella cierto, señor cura, que ó d; pero as leyes de España prohibieronlo.

P.—Los que han hecho esas leyes son unos burros, y ustedes unos animales por acatárlas; ¿usted no sabe que la mitad de los que van al infierno es por no ser obedientes á la Iglesia?

R.—¡Ay, señor! ¿Usted non sabe que á mitad dos que quedan choscós d'unha

trompada, é por meterse á falar ó que non lle importa?

P.—¿Qué sabe usted de la muerte de Jesucristo?

R.—Eu d'esa morte non lle sei nada, señor; nin siquiera soupen qu'ando estuvo enfermo.

PEDRO FUENTES

(Teo, Buenos Aires).

VERSOS REVOLUCIONARIOS

Cuestión de vino

I

Luis García (*el Maragato*)
y Juan Ruiz (*alias el S. pas*)
están tomando unas copas
en la taberna del *Chato*.

El vinillo es puro y fuerte;
la ocasión es oportuna.

Luis bendice su fortuna
y Juan maldice su suerte.

De gasto han hecho un derroche
y juegan de mala gana.
Entraron por la mañana
y son las diez de la noche.

Juan reniega y pierde el tino;
no es extraño que dispute
un hombre que pierde al tute
azumbre y media de vino.

Por si sabe mucho ó poco,
ó hizo una mala jugada,
Juan le da una bofetada
á Luis, que le vuelve loco.

Tira de hacha el ofendido;
Juan á reñir se prepara,
y, luchando cara á cara,
cae Juan mortalmente herido.

La diversión inocente
concluye al fin en tragedia.
¿Ojete?... La azumbre y media.
¿Testigo?... Toda la gente.

Es un caso de homicidio;
las *leyes de honor* no valen,
y *ex justicia* á Luis le salen
sus diez años de presidio.

II

Don Ricardo el barón
y el vizconde don A. Iolfo,
por las cuestiones del gofo
se engolfan en la cuestión.

En la digestión están
y su furor no es extraño.
A cualquiera le hacen daño
los vapores del *Champán*.

El A. Iolfo to es valiente
y nunca quiso ceder.

Un *barón* tiene que ser
hombre necesariamente.

Los improperios aguzan
lo mismo que dos viñanos,
y, sin venir á las manos,
las dos tarjetas se cruzan.

Saldrán de mala gana
sus cuentas á sangre fría.
El lance es al otro día
á las seis de la mañana.

Se hallan al fin frente
sin rencores verdaderos.
Testigos, dos caballeros
para cada combatiente.

¿La causa?... El juego y el vino.

Si ena una detonación,
y es hombre muerto un barón
y un vizconde el asesino.

¿Cualquiera en esto vería
un homicidio probado?

¡No, señor; lo ha sancionado
la ley de Caballería!

III

El que indulta á un matador
á otro le manda á presidio.

¡El mismo crimen traidor,
de blusa es un *homicidio*,
de frac un *lance de honor!*

J. J. V.

Glorias de la Compañía de Jesús

Amigo lector, la Iglesia y el clero se están poniendo *imposibles*. Desde que se ha decretado la *impeabilidad* absoluta de todo lo que buela á incienso, las ratas del santuario saltan de alborozo al ver tan colma la su impunidad. Se cometen en los asilos, hospitales, y manicomios los abusos más odiosos y los crímenes más execrables, y hay que confiar que las monjas y hermanas son unos ángeles, y aun jue en las *Inclusas* se mueran los niños por hambre y abandono, hay que cantar las glorias de las hermanas de la Caridad, como hace poco ha hecho *El mundo* en el *Heraldo*. No importa que se trate de un hecho público y notorio en toda España. ¿Es el protagonista un cura ó un fraile? Pues hay que callar, y si no, denuncia y proceso al canto. Todo el mundo se enteró de que en Ager (Lérida) el cura Azorúa disparó varios tiros en la sacristía de la iglesia contra el párroco Burgués y el coadjutor Soler, hiriendo á este último. Se publicaron las requisitorias del juzgado de Balaguer ordenando su captura, etcétera, etc. Pues bien, el clero de Ager me ha procesado por calumnia; lo que presencié todo el pueblo de Ager congregado en la iglesia (eran las vísperas de la fiesta principal) lo que declararon el párroco y el coadjutor, lo que corrió por los periódicos de toda Cataluña, era mentira. *El Boletín Oficial* de Lérida, y los telegramas enviados á los periódicos por testigos presenciales del atentado, todo era falso; por lo visto ni existe tal cura Azorúa, ni tal pueblo de Ager, ni siquiera la provincia de Lérida.

¿Es un crimen decir que Sr Ursua se ha escapado con el enfermero Carlos? Pues callémos también: dejémos el *presente*, y refugiémonos en el *pasado*, que encierra muchas y muy sabrosas cosas, á las cuales no se les ha dado aire todavía, y vive Dios! que lo merecen. La historia no es denunciabile; aun Ricardo Fuente quizás nos pudiera demostrar lo contrario con el testimonio de La Cierva, y en sus recovecos y entre el polvo de los archivos habremos de ir á buscar materia fecunda para nuestras campañas. El clericalismo de ayer fué lo que es el de hoy; y por lo que fué, nos corroboramos más en lo que es. Vulgaricemos la historia.

Llevemos al iletrado y al vulgo al

seno de los archivos y á los recónditos estantes de las bibliotecas, y digámosles, como aquella voz del cielo á San Agustín: «Toma, y lee.»

A los beneméritos padres de la Compañía se les ha tachado infinitas veces de conspiradores, de su ingerencia en los negocios del Estado, del abuso que hacían dirigiendo la conciencia de los reyes, etc., etc. Ellos han respondido siempre que se les calumniaba, que sólo buscaban el bien espiritual de las almas y la salvación de sus dirigidos. Veamos si esto es verdad.

En el mes de Noviembre de 1624 murió en París un señor llamado Oudin, cuyo ejecutor testamentario halló entre sus papeles, que los jesuitas de Poitiers y de otros sitios le adeudaban cantidades de importancia. Se las pidió, y se las negaron, y entonces él dijo en varios sitios que poseía papeles y documentos que podían ocasionar la expulsión de todos los jesuitas de Francia. Enterados de estos rumores los Consejeros de Estado, el Canciller comisionó á los Sres. Doux y Chatelet para que se informaran de todo esto y se apoderaran de los papeles. Cumplieron éstos su encargo con gran destreza, deteniendo al testamentario, y apoderándose de todos sus papeles antes que él pudiera sospechar tal medida. De ellos se dedujo que el tal Oudin era en París una especie de agente ó corresponsal de la Compañía, enviado á París por el Padre General, uno de esos jesuitas *in voto*, que jamás toman la sotana de la Compañía, aunque participan de todas sus oraciones, méritos y sufragios.

Oudin recibía de Roma cartas latinas del General de la Compañía, que traducía al francés, y hacía llegar á manos de los adictos y confi lentes. Se valían de cifras, pero se halló la clave, figurando entre los confi lentes de los jesuitas en la Corte, la condesa de San Pol, la señorita de Nesle, y un caballero que designaban con el nombre de *Trio Mous qui*, y que no se supo quién era. Al padre Sequeran le designaban con diez ó doce nombres, llamándole unas veces el *bufón espiritual*, y otras veces Mallard LX LXXX y C. En estas intrigas andaba muy mezclado el P. Arnoux, y por las cartas se veía que los jesuitas habían deliberado si convenía más que el gran limosnero del rey fuese el cardenal de la Rochefoucault ó el arzobispo de Tours; y si convenía que Mr. Lugues estuviera en favor del rey ó era más provechosa su desgracia. Todas estas intrigas se hacían en el colegio de la Flèche, por medio de siete padres, y en las cartas constaba que se tenía al padre Sequeran al lado del rey hasta hallar otro más idóneo; se hacían revelaciones gravísimas sobre ciertas confesiones de los nobles, y se demostraba que el secretario del conde de Schomberg, llamado Baltasar, era otro jesuita *in voto*. A Oudin le nombran de diversos modos: unas veces la Beraudiere; otras «al señor de la Beraudiere; que recibirá ésta de manos de Mr. Oudin», siendo estas personas una sola y la misma. Las cartas pasaban á veces por cuatro y seis manos, y se las comunicaban unos á otros antes de llegar á su destino definitivo. Oudin dirigía las respuestas á Roma, á casa de un banquero llamado Mr. Chandelier.

Examinadas las cartas del padre Arnoux dirigidas á Oudin, por orden del rey, se puso en claro que los jesuitas tenían en París lugares secretos para depositar sus papeles, para evitar lo que les sucedió en 1594; que los jesuitas daban cuenta exacta á su General de lo más secreto del Gobierno; que Arnoux intrigaba para ser restablecido en su cargo; que hablaba del rey con sumo desprecio, designándole siempre por una O; y que los jesuitas se comunicaban entre sí sus proyectos, pidiéndose y concediéndose mutuo apoyo para llevarlos á cabo, y uno de ellos era hacer caer al condestable Lugues; también se desprendía de las cartas que el padre Sequeran, confesor del rey, fomentaba la antipatía regia contra su colega el padre Arnoux, el cual, en una carta, dice al padre General: «que no deje tomar mucha preponderancia á las potencias extranjeras». Por las mismas cartas se descubrió que existen entre los jesuitas odios, rivalidades é intrigas; el padre Arnoux afirma que la Compañía es *fimentibus leo, andentibus lepus*, (león para los tímidos, y liebre para los valientes y audaces).

Pasan de 300 las cartas del padre Arnoux que se hallaron entre los papeles de Oudin, escritas después de la caída de este jesuita de su cargo de confesor de Luis XIII, y en todas ellas se ve el espíritu de intriga, cabala, y la ingerencia de la Compañía de Jesús en el gobierno de los Estados y en la política íntima de los mismos. Se redactó é imprimió una *Memoria* conteniendo los principales asuntos tratados por el padre Arnoux en las cartas, y también se habla de ellas en los *manuscritos* de Dupuy.

Si la Defensa Social hubiera existido en aquellos tiempos, hubiera, seguramente, impedido su publicación; pero mandaba un rey *crislianísimo*, el cual, á pesar de tener á un jesuita por confesor, sabía tenerlos á raya, y ser con ellos más severo que su padre Enrique IV, víctima de los mismos.

FRAY GERUNDIO

Entrada por salida

Se ha publicado la relación de los ingresos hechos por 53 diócesis de España en la *Sección de Contabilidad y obra pía* del ministerio de Estado, importante 25.441,85 pesetas, en concepto de limosnas, mandas testamentarias, etcétera, con destino al patronato de *Obra de los Santos Lugares de Jerusalén*, sin contar las diócesis de Badajoz, Gerona, Ibiza, Jaén, Lérida y Segorbe, que no han dado un céntimo.

La entrada de esos miles de pesetas en las arcas de los frailes, explica perfectamente la salida de unos cuantos trabajadores españoles para América.

¡Y ande el movimiento!

Accidente desgraciado

Leo que la anciana de ochenta y tres años, Gregoria López Lizcano, vendedora ambulante, fué atropellada en la

calle de Postas por el coche del obispo de Madrid, resultando con diversas heridas y conmoción cerebral, y siendo trasladada en grave estado al Hospital Provincial.

«No se sabe, dice un colega, que el representante de Cristo—que no tenía coche—ó sucesor de los apóstoles—que tampoco tenían coche—haya hecho nada en favor de la pobre mujer, víctima del lujo de los príncipes de la Iglesia».

Yo tampoco lo sé, mas no por esto me atreveré á asegurar que no haya hecho nada.

¿Quién sabe si aquella noche, sin que nadie lo viese, rezó fervorosamente una oración por la salud de la enferma? ¿Quién asegura que no la bendijo en previsión de que pudiera morir?

¿Y qué socorro mejor pudo darle para las necesidades de su cuerpo, ni qué regalo mejor hacerle á su alma?

Únicamente los desgraciados que no creen en la eficacia de la oración para curar heridas y conmociones cerebrales, podrían condenar ese acto del señor obispo, si lo hubiese realizado. Yo, no.

Como únicamente los groseros adoradores del vil metal, podrán creer que quinientas pesetas entregadas á la anciana atropellada, le hubieran venido mejor que una fanega de bendiciones.

Y luego ¡qué alarde de caridad por una parte y qué falta de caridad por otra, en los periódicos que se han ocupado del lamentable accidente! Ni uno sólo, ¡que constel, ni uno sólo se ha cuidado más que de la atropellada. Ninguno nos ha dicho los grados de intensidad que alcanzó el dolor del obispo; ni siquiera si alguno de los infelices caballos sufrió alguna rozadura en su lustrosa piel.

¿Y se las echan de justos? ¿Y presumen de equitativos?

¡Váyanse al diablo todos!

No llovía, y acordaron llevar á Alcañiz la virgen de una capilla que está á dos kilómetros, por tener más fama de milagrosa que las de los templos de la población.

Y, efectivamente, llovieron pesetas en la bolsa del cura, pero no agua en los campos; que era lo que se trataba de demostrar.

A veces creo que las religiones son indispensables, para que la estupidez humana tenga siempre cauce ancho por donde correr.

Desde Elche

Querido amigo Nakens: No me satisface la alegría que estos días he experimentado, si no hago á usted partícipe de ella.

Con extraordinaria frecuencia se repiten los actos civiles en esta ciudad, hasta el punto de alcanzar á algunos centenares los llevados á cabo en el último año, entre nacimientos, matrimonios y entierros.

Hay muchos actos que pasan casi inadvertidos para este laborioso vecindario: pero algunos de ellos, por causas diversas, adquieren tal popularidad y el pueblo toma parte tan activa, que me creo por un momento fuera de esta España cerca feudo y sucursal del Vaticano.

A mediados de Abril hubo cuatro entierros civiles, que por las simpatías y popularidad de que gozaban los difuntos, fueron verdaderas manifestaciones públicas.

Asistieron á los actos millares de acompañantes, y en todo el largo trayecto que la fúnebre comitiva recorrió, afluyeron millares de mujeres, anhelosas de presenciar el espectáculo, observándose en muchos rostros manifestaciones de tristeza y hasta ojos llorosos de personas extrañas á los muertos.

La despedida del duelo estuvo á cargo indistintamente de la familia de los finados y de los presidentes de las entidades Socialista y Republicana.

La clérigalla está que arde, al ver que este pueblo ha escapado de su dominio, y que sólo tienen en sus huesos pecadores contumaces, ignorantes, y algunos *lacticinios*, y del bello sexo, algunas desesperadas del sexto mandamiento.

Su amigo que le admira y se repite aff. s. s.

JUAN BRUFAL

EN TAL DIA COMO HOY

M A Y O

10

1774

REVIENTA LUIS XV
DE FRANCIA

He puesto revienta y no lo quito, pues lo que hizo Luis XV, más que morir, fué reventar como un saco de podredumbre, que es lo que era este repug-

nante personaje, especie de mico lacivo con corona.

Yo no pertenezco—en buen hora lo diga!—ni al Comité de la Defensa Social, ni á la Liga contra la pornografía; yo no me asusto porque un caballero se *complique* con una señora ó con varias; yo no le hago ascos á una mujer á poco joven y bonita que sea; pero la verdad, la historia de los amores, si se puede dar ese poético nombre á las groseras relaciones sexuales que tuvo Luis XV con cuantas desdichadas se cruzaron en su camino, me repugna con repugnancia física y moral.

Luis XV no sólo vivió únicamente para los placeres voluptuosos, sino que á los pies de los lechos de sus queridas arrojó la dignidad real y el gobierno de su pueblo, dejando que la marquesa de Pompadour y la condesa de Barry, formasen los ministerios y los Parlamentos con sus amigos, parientes y demás canalla chulo-aristócrata.

Y todavía hizo más ese macho cabrío con forma humana, que llegó á la violación de menores en su Parque de los Ciervos, donde se albergaban y oraban inocentes criaturas destinadas á ser sus favoritas de un día, y al incesto en su mismo palacio, repitiendo el bíblico episodio de Loth y sus hijas.

Lebel, el ayuda de cámara del rey, tenía varios agentes á sueldo, encargados de buscar por toda Francia mujeres con que saciar la incontinencia de este monstruo sin ejemplo de corrupción.

Este sistema de procurar amantes á Luis XV fué lo que causó su fallecimiento. El propio Lebel vió en Luciennes á la hija de un guarda bosque, preciosa criatura que fué entregada en brazos del rey, sin observar que un tremendo padecimiento roía su organismo.

La enfermedad—viruela según unos, carbunco según otros y según los más fiebre maligna—hizo su presa en el monarca, pero con tal intensidad, que á los doce días—el contagio ocurrió el 28 de Abril de 1774—el cuerpo de Luis era una pura llaga en supuración, con úlceras tales, que por las que tenía en el vientre se le salían los intestinos.

A las hijas del rey y á algunos fieles servidores que se empeñaban en cuidarle, hubo que sacarlos de la alcoba real porque se les mataban de la peste que exhalaba aquel cuerpo podrido en vida, y Luis XV murió sin que nadie se atreviese á acercarse á su lecho para darle un medicamento, ni un vaso de agua.

Los poceros de Versalles fueron los encargados de arrojar la inmundicia en una caja de plomo, que se soldó inmediatamente.

Así murió Luis XV y así era como debía morir, para dar la razón al latín que dice: *finis coronat opus*.

¡Qué asco!...

MERCUCCIO

(El Liberal, Barcelona).

¡Compadecedme!

¡Oh, si, queridos lectores! Tened compasión de este desgraciado pecador que lee sin comoverse, y hasta con gran delectación, noticias como la siguiente:

«En la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores se declaró un violentísimo incendio, que destruyó el altar mayor y camarín de la Virgen.

Las pérdidas son importantísimas.»

Me horrorizo de mí mismo, al pensar que sólo se me ocurre este malvado comentario á esos renglones:

«Si al leer todos los días los diarios de la mañana tropezase durante cinco años con cien noticias como esa, pasaría el resto de mi vida gozando desafortunadamente.»

Y esto, lectores, me enseña, causándome honda aflicción, que «ó no tengo corazón, ó será de bronce ó peña».

LOS MERCADERES DEL TEMPLO

Existe en Nueva York una sociedad titulada «Sociedad para la Supresión del Vicio», que se encarga de perseguir el juego en todas sus formas, el arte obsceno, etc.; y hay también la costumbre inveteradísima de celebrarse en las iglesias de todos los credos, fiestas en

que se canta, se baila, se juega á los naipes, se celebran rifas y se hacen otras cosas impropias de esos lugares, pretextando que, como no existe presupuesto de cultos, tiene que agenciarse cada parroquia los recursos necesarios, en ésta ó aquella forma.

Aunque prohibido el juego por la ley, que no distingue iglesias de garitos, la gente sólo se fijaba en el propósito; siendo para mayor honra y gloria de Dios, ¿qué podía haber de pecaminoso en ello? De suerte que, burla burlando, había iglesias que cubrían sus gastos con fiestas de esta clase.

Pero los ateos, los impíos, empezaron á murmurar y á desenfundar las endiabladas lenguas. y la «Sociedad para la supresión del Vicio» (que, entre paréntesis, no se compone de ateos), tuvo que tomar cartas en el asunto.

Hace días, Mr. Anthony Comstock, secretario y agente de la referida Sociedad, presentóse en el palacio arzobispal de Nueva York, y el venerable arzobispo Farley, al ver la tarjeta de personaje tan conocido, imaginó que iba á felicitarle por su elevación al cardenalato y mandó que entrara.

Mr. Comstock, después de los saludos de ordenanza, presentó al arzobispo un libro abierto, y señalándole un pasaje con el dedo, le dijo:

—Dígnese V. E. I. leer aquí.

El arzobispo, no obstante ser la afabilidad personificada, puso cara fosca, y respondió rechazando el libro:

—¿A qué viene esto? Yo no leo libros protestantes.

—Entonces búsquelo V. E. I. en sus textos, que ya lo encontrará.

Tratábase, según luego se supo, del siguiente pasaje del Evangelio de San Marcos: (XI).

«15 Y entrando Jesús en el templo, echó de allí á los mercaderes y trastornó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas.

«16 Y no consentía que nadie llevase vaso por el templo.

«17 Y los enseñaba diciendo: «¿No está escrito que mi casa, casa de oración será llamada por todas las gentes? Pero vosotros la habéis hecho cueva de forajidos.

«18 Y lo oyeron los escribas y los príncipes de los sacerdotes y buscaban la manera de matarlo porque le temían, por cuanto el pueblo entero estaba maravillado de su doctrina.»

—Bueno ¿y qué?—preguntó el arzobispo después de haber leído.

—Pues, nada—contestó Mr. Comstock—que en la iglesia de los padres carmelitas, calle 29a. entre la 1a. y la 2a. Avenida, á pretexto de novena, lo que hay es una serie de rifas escandalosas que vienen celebrándose hace ya una semana, y hay que parar esto antes que el brazo de la ley intervenga y se arme un escándalo que á todos nos pese.

Y Mr. Comstock se despidió, quedando el arzobispo en arreglar el asunto.

Sin perder tiempo, citó al padre O'D. wyer, párroco de la mencionada iglesia, ordenando suspender acto continuo lo que allí hubiese, como así se hizo, aunque con fingido ser-timiento por parte de las carmelitas, pues el bazar venía reportando utilidades, un año con otro, de 10 000 pesos, con los que se cubría el presupuesto y quedaba de beneficio líquido el pie de altar. Este año el bazar estaba animadísimo y la suspensión significa lo menos 6.000 ó 7.000 pesos de pérdida.

Aunque no era muy moral que digamos el procedimiento que empleaban esos carmelitas para atender á los gastos del culto, lamento que se les haya sacado ese manantial de ingresos.

Si bien confío en que se les habrá ocurrido ya algún otro con que cubrir el déficit, y que acaso les produzca más; que haré sé que para esto de agenciarse recursos, no hay quien gane á los ministros del Señor.

Con las llaves del Purgatorio en la mano, son capaces de abrir de par en par la bolsa mejor blindada.

Milagros á porrillo

Sr D. José Nakena

Muy señor mío: Como éramos pocos, ha parido abuelia una Cofradía para la virgen de Sierra Morena, y han sido tantos y de calidad tal los milagros en el primer año, que voy á comunicárselos, para ver si con tales ejemplos decae algo su incredulidad.

Los habitantes de un barrio próximo á la carretera por donde habían de pasar los cofrades, salieron para verlos partir en los tres ó cuatro coches que llevaban de aquiler, y al arrancar un vehículo hizo el conductor una falsa maniobra, rompiéndose los tiros de las caballerías; el público comenzó á correr, cayendo al suelo más de cincuenta personas, saltando las mujeres sobre los hombres y viceversa, á la vez que del carramato se arrojaban las señoritas, cayendo en mala postura y sufriendo magullamientos y destrozos en sus vestidos; tres ó cuatro niños resultaron fuertemente contusionados; una rolliza moza del barrio, al aire sus desnudas y abultadas posaderas, sirvió de caño entre rueda y rueda.

De peripecia en peripecia y en medio de una horrible tempestad, llegaron los cofrades á la sierra de los célebres bandidos, á la sazón en que estaban abiertas de par en par las cata-ratas del cielo.

Después de pasar una noche tremenda, dos hermanos se liaron con otro hermano por un quíame allá esas pajas, regresando al pueblo uno de ellos con una mano pasada de un balazo, y el otro con un coscorrón en la frente de pronóstico reservado.

Una tia de mi alma, jamona de más de sesenta años, y á quien la alegría de ser socia fundadora de la Cofradía la hizo mover las sobresalientes caderas con un fervor inusitado, regresó con un ojo más negro que el paño... negro; y aunque ella dice que no es nada lo del ojo, casi todos los de la familia estamos con el disgusto consiguiente.

Y por si lo narrado fuese poco, un vecino de Alcalá la Real, que en compañía de su esposa, y al llegar al puente de Ancújar, se le ocurriera apearse del carro, quedó muerto entre sus ruedas.

Con que niégume usted que todavía se perpetrar milagros y sostenga que la verdadera fe ha huído de los corazones.

Siempre suyo afectísimo amigo,
MANUEL ORTEGA Y ESP. JO
A candete, Mayo 1912.

Zulueta y el rey

Con este título publica *El Radical Ricjano* el artículo siguiente:

«El diputado republicano Sr. Zulueta, durante el banquete ofrecido á el rey en Tortosa, tuvo ocasión de conversar con él muy detenidamente.

Oportunidad tan alhagadora, fué aprovechada por el ocnesuente enemigo del régimen para adular como un servil cortesano al primer representante de la monarquía.

Claro está que su futura evolución (pá atrás) tuvo muy buen cuidado de encubrirla con la tapadera de su amor por la riqueza nacional, cosa que agradeció D. Alfonso grandemente.

Mas llegó al ocimo, cuando preguntado por el monarca á qué grupo de los restauradores de la República pertenecía, contestóle súbitamente, que se inspiraba en su maestro el Sr. Azcárate; pero que, en realidad, no estaba con ninguno, pues se halla conforme con todos en algunas cosas, y disiente en otras.

La contestación, desgraciadamente, la encuentro lógica. Tampoco me sorprende que se titulase discípulo de Azcárate. Estoy ya tan acostumbrado á saberme de memoria los efectos de la escuela de ese maestro y compañía, que por muchos trans fugas que salgan de ella no me extraño nunca.

Triste es tener que pronosticar tan desesperantes profecías; pero la realidad se ha encargado de enseñarnos á los logroñeses lo funesto de esas aproximaciones con quien dispone de todos los resortes para dispensar honores y favores.

Aún recuerdo la visita oficial que hizo S. M. á Logroño. La primera autoridad del pueblo era republicana, ostentada, no por un cualquiera, sino por un sentenciado é indultado por la sublevación de Santo Domingo, un hombre á quien el pueblo republicano le rendía admiración, descubriéndose á su paso grandes y pequeños.

Pero como la hidalgüa y nobleza obligan á dar franca hospitalidad al forastero, sea éste quien sea, por ende no tuvo más remedio el revolucionario alcalde que servir de cicerone al regio huésped.

En cuyo tiempo también tuvo ocasión de hablar largamente con el rey, y hubo hasta quien dijo, que aunque muy cortésmente, fué llamada al orden nuestra primera autoridad, por permitire contestarle (cuando éste le instaba á que se hiciese monárquico): «¡hágase V. M. republicano y entonces seremos correligionarios!»

Respuesta viril y la que correspon-

da á una figura como don Francisco de Paula Marín, ídolo del republicanismo ricjano.

¡Mas ¡ay! que no cayeron en campo estéril las semillas que don Alfonso logró esparcir durante el corto tiempo de su estancia en ésta. Ocultas promesas sin duda, y la concesión seguíamente de una banda de Isabel la Católica con que adornar su pecho, fueron prebendas suficientes para traicionar los ideales de toda su vida.

Culpa grande nos cabe á todos los republicanos de ésta, por no haberlo arrastrado por las escaleras y despachado del partido el día que tuvo la desfachatez de presentarse con ella en la Casa del Pueblo.

Unicamente abona en nuestro favor la disculpa, que aquello lo tomamos como un acto de vanidad muy propia de un cerebro esnil y que todavía se le apreciaba lo suficiente para consentirselo.

Aprended en cabeza ajena, republicanos de Tortosa; pues al poco tiempo de suceder esto, él, también discípulo de Azcárate y compañía, él, que todo se lo merecía en nuestro tiempo, y él, que parecía irreductible, de un salto pá atrás se pasó al partido conservador, donde hoy no sirve para otra cosa, que para ser un simple ve y corre.

Con republicanos aduladores y alabados por el rey, ya podemos esperar sentados la República.

¡A su casa los farsantes!—ERMITAÑO.

Y como pudiera haber a'gún lector de *El Motin* que al leer el apellido Zulueta en cualquier periódico, creyese que se trataba de D. Luis, al que yo invité á la reunión del día 26, me creo obligado á hacer esta aclaración:

El diputado republicano que habló con el rey en Logroño, no es D. Luis, sino otro del mismo apellido, llamado D. José, que habla frecuentemente de hortalizas, y que lleva melenas.

A cada uno lo suyo.

Altar evaporado

Muy señor mío: Desearía que hiciese usted público un asunto que interesa á este vecindario. Existe aquí una iglesia de tiempo inmemorial, en la que había un retablo ó altar de gran mérito pictórico. En una visita que hizo Don Antonio Iturralde, arquitecto y persona de calidad en la materia, dijo que como mínimo podría valer de 60 á 80 000 pesetas.

Este retablo fué hace unos nueve meses sacado de la iglesia y llevado no sé donde por orden del obispo de Zamora, que, según dicen, lo había vendido. Al pueblo se le embaucó diciendo que se entarimaría la iglesia y se harían otras reformas, pero nos hemos quedado sin la obra de arte y sin las reformas prometidas.

Agradeceríamos que en ese semanario saliera la protesta del pueblo y se pidieran explicaciones del paradero de tan famoso y admirado retablo.

De usted afectísimo,

FIDEL CARNUENGA

Tiedra

La lujuria del clero

(CONTINUACIÓN)

sus mujeres y sus hijos, desarándose en rebeldía abierta y oponiéndose á los legados pontificios imponentes para contener el desborde clerical.

Para el clero la costumbre se había transformado en ley y el concubinato estaba sancionado y admitido por la práctica de doce siglos. Pero el Papa, con infatigable tesón, supo luchar y supo vencer. La familia desapareció para el sacerdote católico, quedando por este hecho fuera del nivel humano. Sin la razón, cuyo uso proscribía la Iglesia; con la fe del estúpido y del ignorante; sin las leyes de la familia; sin los efectos que ennoblecen y elevan el alma elevando también la condición del hombre que no se encierra en un egoísmo abominable, el clero quedó reducido á un ejército bien organizado y acaso el más poderoso que hayan visto los siglos. La Iglesia había conseguido su objeto. La moral ganó algo? La moral... ¿qué importaba á la Iglesia la moral? ¿Fue por ventura un fin moral lo que la impulsó á imponer el celibato á los clérigos? Los sacerdotes siguieron tan lujuriosos, tan simoníacos como siempre, y sus costumbres, que nos revelan los Concilios de este siglo, tan depravadas, tan corrompidas y tan corruptoras como lo fueron en los anteriores.

SIGLO XII

Seis Concilios se verificaron en Londres durante este siglo. Concilio de Londres en 1102.—Cánon 5.º Prohibe á los diáconos, subdiáconos, clérigos y canónigos casarse con nuevas mujeres ó retener aquellas con quienes viven.—Cánon 8.º Los hijos de los sacerdotes no podrán heredar á sus padres. Concilio de Londres en 1108.—Contiene 18 cánones contra la incontinencia clerical. Concilio de Londres en 1125.—Contiene 17 cánones contra la simonía y la incontinencia del clero. Concilio de Londres en 1127.—Cánon 5.º Prohibe á los eclesiásticos que pertenecen á órdenes sagrados y á los canónigos tener mujeres con ellos, y priva de sus beneficios y funciones de sus órdenes á los que tengan concubinas.—Cánon 7.º Ordena que las concubinas de los clérigos y canónigos sean expulsadas de las parroquias, y que si vuelven á reincidir (ellas) en el crimen, se las ponga en penitencia y sean vendidas. Concilio de Londres en 1129.—Ordena que los sacerdotes abandonen sus concubinas. Concilio de Londres en 1175. El cánon 1.º dice que los sacerdotes que so nieguen á expulsar sus concubinas, después de tres amonestaciones del obispo, serán privados de sus beneficios. Tienen en este siglo tres Concilios celebrados en el palacio de Letrán. Concilio de Letrán en 1123.—Cánon 3.º Prohibe á los sacerdotes tener concubinas ó esposas.—Cánon 21. Prohibe á los mismos individuos y á los frailes tener concubinas ó contraer matrimonio. Los matrimonios efectuados serán

disueltos.—Concilio de Letrán en 1139.—Cánon 7.º Prohibe cir las misas de los sacerdotes casados ó amancebados; declara nulos los casamientos de curas, canónigos regulares y de los frailes; ordena ser castigados los que lo contraigan.—Cánon 21. Los hijos de sacerdotes serán excomulgados de los sagrados misterios del altar, á menos que no hayan llevado una vida ejemplar religiosa en un convento ó en la casa de un canónigo regular.—Cánon 26 Bajo pena de excomunión, prohíbe á ciertas pretendidas religiosas continuar su género de vida. (Estas pretendidas religiosas eran mujeres que, sin pertenecer á orden alguno, vivían en casas particulares, donde, á pretexto de hospitalidad, alojaban prostitutas). Concilio de Letrán en 1179.—Cánon 11. Contra los clérigos incontinentes, amancebados y sodomitas. El texto latino, dice: «Incontinentia illa que contra naturam est, propter quam ira Dei quinque vivitales igne consumpfit». Concilio de Rouen en 1189.—Cánon 4.º Prohibe á todo clérigo, cualquiera que sea su orden, tener en su casa una criada. Concilio de Dalmacia en 1199.—Cánon 2.º Prohibe que sean ordenados los sacerdotes y diáconos cesados si ante sus mujeres no hacen votos de castidad en manos del obispo. Si alguno se casa después de ordenado y no expulsa su mujer y no hace penitencia, se le privará de su oficio y de su beneficio eclesiástico.—Cánon 11. Prohibe sean ordenados los hijos y los bastardos de los sacerdotes.

San Bernardo había dicho: «Quitad de la Iglesia el honrado matrimonio y el tálamo sin impurezas, y veréis cómo se llena de fornicadores, incestuosos, y fementidos ó impúdicos, y de toda clase de las oivias y desórdenes». Este pensamiento de San Bernardo no es cierto más que en parte, pues ya hemos visto que antes de decretar el celibato, la Iglesia era el foco de todos los vicios, y sus ministros los modelos de la más refinada depravación. Pero el santo se equivocaba si creía que el matrimonio podía moralizar al clero. Lúbricos y lascivos sus individuos, buscaban en el matrimonio una pantalla tras la cual ocultar sus criminales deseos, sus nunca saciadas pasiones; porque jamás á un cura le fué bastante una mujer. Mas, establecido el celibato, resultó lo que debía resultar: que los sentimientos bajos y abyectos de aquel ejército grande de curas, frailes, prelados y monjes, etcétera, etc. foco inmerso de inmoralidad latente, se desbordó, cubriendo la sociedad de adulterios, incestos, violaciones, actos inhumanos.

Vanos son los Concilios y los pretendidos esfuerzos para traer los sacerdotes al buen camino; la depravación aumenta; el vicio ocurre á torrentes, inundándolo todo, sin que nada pueda oponerse á su paso; la lujuria clerical es una avalancha que rueda agrandándose cada vez más, arrollando todo cuanto encuentra, y los sacerdotes, los más inferiores, los que visten de negro, tienen el ejemplo en los que visten de púrpura, en los obispos, en el mismo Papado, donde la lubricidad se manifiesta con impudencia inaudita. La historia de los Pontífices les alienta, y aquellos que predicán por la mañana contra la incontinencia, son descubiertos por la tarde, como el obispo de Cre-

memis (después hecho santo), fornicando con su querida. Esa es la realidad, esa es la verdad en la historia de la lujuria del clero, y tal es el resultado de la abolición del matrimonio. El sacerdote sin mujer propia delía buscar en otra la satisfacción de sus apetitos, y á ello se dedicó con más ardor y más descaro que nunca, y desde la prostituta callejera hasta la meretriz consagrada á Dios en los conventos, desde la cándida é inocente joven hasta la avizada matrona, todas fueron manchadas con la baba de su asquerosa lascivia.

Los conventos se multiplican prodigiosamente, las órdenes monásticas aparecen como por encanto, y las jóvenes, con una locura mística, se dedican á ser esposas de Cristo, si bien resultan concubinas de sus ministros; y aquellas casas de Dios, en las que la leyenda cree albergarse la santidad y la piedad, son inmundos burdeles donde van á acallar sus instintos animales, siempre insaciables, los individuos del clero, mancillando el santuario de la Divinidad convertido por ellos en campo de sus hazañas y en semillero de nuevos seres.

En los conventos de hombres sucede algo análogo, ó mucho peor. No contentos con la satisfacción que obtienen de la mujer; no satisfechos en sus pasiones, y menos aún con aquel goce, que encuentran monótono, quieren variarlo, y, á ejemplo de los antiguos israelitas, apelan á las hembras de los animales y hacen de ellas esposas, á quien prodigan sus caricias más tiernas. La verdad es que jamás las hembras de animales estuvieron mejor y con más propiedad apareadas. Mas esto no es bastante aún; y, como el vicio no reconoce límites y la degradación ha llegado á su colmo, los frailes hacen de sus hermanos de celda sus compañeros de deleite, muy en conformidad con sus gustos, y la pederastía, bajo todas sus formas, halla maestros en ellos. Por un milagro copiado á Sodoma, pero de originalidad exclusiva, dotan al hombre de un recreo que no posee. Duermen juntos; se satisfacen mutuamente, y el amancebamiento masculino «á retro y abrore», último peldaño en la escala de la degradación, constituye una de las notas más salientes de la historia de la lujuria clerical durante el siglo XIII. La Iglesia, que ha fomentado el vicio, que ha empujado hacia él á sus ministros, convoca Concilios para reprimirle, sin acordarse de que, una vez suprimido, desaparecerían los conventos.

El Papado, que debía terminar su obra comenzada algunos siglos hacía, no permaneció inactivo, y adoptó una medida que había de darle el resultado que deseaba. Hasta entonces, los sacerdotes podían legar á sus hijos la fortuna que tuvieran; desde aquel momento, este derecho les es arrebatado, y de esta manera concluye por matarse en ellos la última esperanza de formar una familia. Sin el amor á los hijos, sin las afecciones que naen del matrimonio, sin el sentimiento de economía, ese deseo de ahorrar para asegurar la subsistencia de los herederos, los sacerdotes, empujados por la Igle-

(Continúa)

Los templos y sus huéspedes

POR

Roberto Robert

Si usted, señor mío, quien quiera que fuese, carece de cerdo y vaca, por que ni la Providencia ni el presupuesto le han favorecido con la posesión de reses, ¿qué culpa tienen en ello ni el *super hanc petram*, ni, vamos al decir, el *sursum corda*?

CCI

Tratarse de votar el presupuesto del clero católico de hoy y salir con la cuenta de los cerdos y sacerdotes que la misericordia infinita sus'entaba entre nosotros en 1826, es proceder con notable mala fe y con un extravío mental en que sólo podemos caer los demagogos.

Afortunadamente, el sano juicio y el espíritu religioso dominaban en la Asamblea, como lo demostraron con sus febriles contorsiones y su p'adosa gritería, carlistas y polacos, y los liberales partidarios del orden y adictos todos á que los demás tengan por jefe espiritual al afectuoso amigo de Isabel II, les acompañaron en la votación.

CCII

Gracias á aquella firmeza en la fe de su mayores carlistas é isabelinos tienen este año ciento ochenta millones más para cartuchos, trabucos y demás enseres indispensables para separar las almas inmortales de nuestros corruptibles miserables cuerpos.

CCIII

Yo no sé qué cosas se propondría deducir Garrido de sus cifras tan á deshora sacadas á plaza; lo que sé es que algo imaginaba sacar de aquella extemporánea exhibición, cuando proseguía con ellas, diciendo cosas que más vale dejarlas por inútiles y pasar á otra materia.

CCIV

Pero no señor; ya que he comenzado, quiero completar sus párrafos sobre lo mismo, para que ningún ignorante mal aconsejado salga diciendo que trunqué el sentido para oscurecerlo ó dejar deslucido á mi compañero en las Constituyentes.

Ponga atención el lector; recuerde ó tenga á la vista las cifras citadas, y hágase cargo de que Garrido proseguía así:

CCV

«En cambio, á los españoles que no tenían la dicha de pertenecer á la Iglesia, apenas les tocaba á cada uno, por término medio, un animal y tres cuartas partes.

«Las 151.000 personas eclesiásticas poseían 55.651 caballos, y los demás españoles, que eran 13.000.000, sólo poseían 568.490. Lo cual daba por resultado más de un caballo para cada

tres personas consagradas á la Iglesia, y apenas uno para cada 24 seculares.»

CCVI

Y ahora creo que me es lícito volver á preguntar, ¿y qué?

¡Ah! Si en el año 1826 los eclesiásticos hubiesen andado escasos de cerdos, vacas y caballos, ¿votaría Garrido en 1869 contra los ciento ochenta millones para el clero?

¡Dice que no!
(Yo tampoco.)

Y pues, hombre, ¿á qué vienen entonces esas cuentas?

CCVII

Si sólo de sacar cifras se tratase como muestra de inofensiva erudición, yo también las sacaría, aunque poco aritmético; y si fuesen cifras relativas exclusivamente á la Iglesia, también, aunque pecador, las sacaría.

Para dar á comprender cuán importantes son los servicios del clero catedral y la necesidad que de su celo y talentos tienen los españoles, sacaré á relucir que ese ramo selecto de clero se componía en Septiembre último de 2.308 individuos

CCVIII

Y en seguida descompondría la cifra diciendo: á saber:

Prelados.	52
Dignidades.. . . .	288
Canónigos...	756
Beneficiados.	849
Capellanes y sacerdotes sirvientes	363

Cuenten ustedes, verán cómo salen las 2.308 que antes dije.

CCIX

Daré en seguida noticia del clero de segunda calidad, es decir, colegial, cuyos individuos eran 526, con las siguientes denominaciones:

Abad y canónigos	175
Beneficiados.	237
Capellanes y sacerdotes sirvientes	114

Y el que sacase la cuenta vería que en efecto sumaban 526.

CCX

Luego, una vez metido en lo negro, haré mención del clero parroquial, frecuentemente ensalzado por los liberales con la pérfida é inútil intención de hacer suya una falange que sólo puede ser del Papa, y diré cómo ese clero se componía de 36.571 individuos, verbigracia:

Curas párrocos y económos...	17.227
Tenientes y coadjutores	6.312
Clérigos seculares y religiosos adscritos á las parroquias de las diócesis	13.032

Y el aficionado no podría menos de alabar mi exactitud al ver que en efecto la suma era 36.571.

CCXI

Finalmente, mi remate consistiría en exponer las cifras del clero regular pun-

to por punto y el total general de los huéspedes de templos, diciendo así:

Frailes exclaustros.	5.765
Religiosos profesos y no profesos en clausura.	1.710
Monjas exclaustros.	289
Monjas enclaustradas.. . . .	14.725
Legas y novicias...	6.700
Sacristanes, campaneros, cantores, cantoras y otros dependientes y sirvientes de iglesias, ermitaños y santeros.	25.300
Alumnos internos y externos de los seminarios conciliares y eclesiásticos.. . . .	45.676

Total general de huéspedes. 139.560

Pero suponiendo que acumulara aquí cifras y más cifras sobre el mismo asunto, no ahorraría ni un ochavo á nadie ni las haría disminuir.

Los aficionados á esta clase de trabajos, suelen hacerlos para que los españoles comparen lo que les cuesta el clero con los beneficios que les produce; su objeto es que esta nación eminentemente religiosa no pague en la tierra á los que nos envían á cobrar todas sus cuentas al Paraíso; pero la nación conoce el objeto y se ríe de esos materialistas inspirados por Satanás.

CCXII

De los templos y sus huéspedes no deben sacarse cuentas ni cuentos. Cuando más alguna historia interesante.

Por ejemplo: un escritor dotado de imaginación católica podría embellecer el suceso del convento de San Plácido, sacando de él un relato ameno é interesante y una moraleja esopina.

Yo lo intentaría, si no estuviese persuadido de lo prosaico de mi chirumen; pero hay en España ingenios eminentes que podrían hacer del lance una bellísima leyenda.

CCXIII

Supongo que el lector sabrá el caso. El caso fué que el rey Felipe IV, que fué llamado el Grande, ni más ni menos que Alejandro, era en extremo aficionado á teatros, mujeres y conventos.

De lo primero responden las suntuosas fiestas del Buen Retiro, tan celebradas aún hoy por todos los que saben rimar *corazón* con *razón* y *señora* con *ahora*.

CCXIV

Responden de lo segundo sus numerosos bastardos, reales en ambas acepciones los unos, y achacados los otros.

Porque es de advertir de paso que, todo escritor español que ha presentado en escena á Felipe IV, para que el personaje fuese verosímil, ha tenido que ponerle muy cerquita un bastardo cuando menos.

CCXV

De lo tercero, responden sus piadosas fundaciones.

(Continuará.)